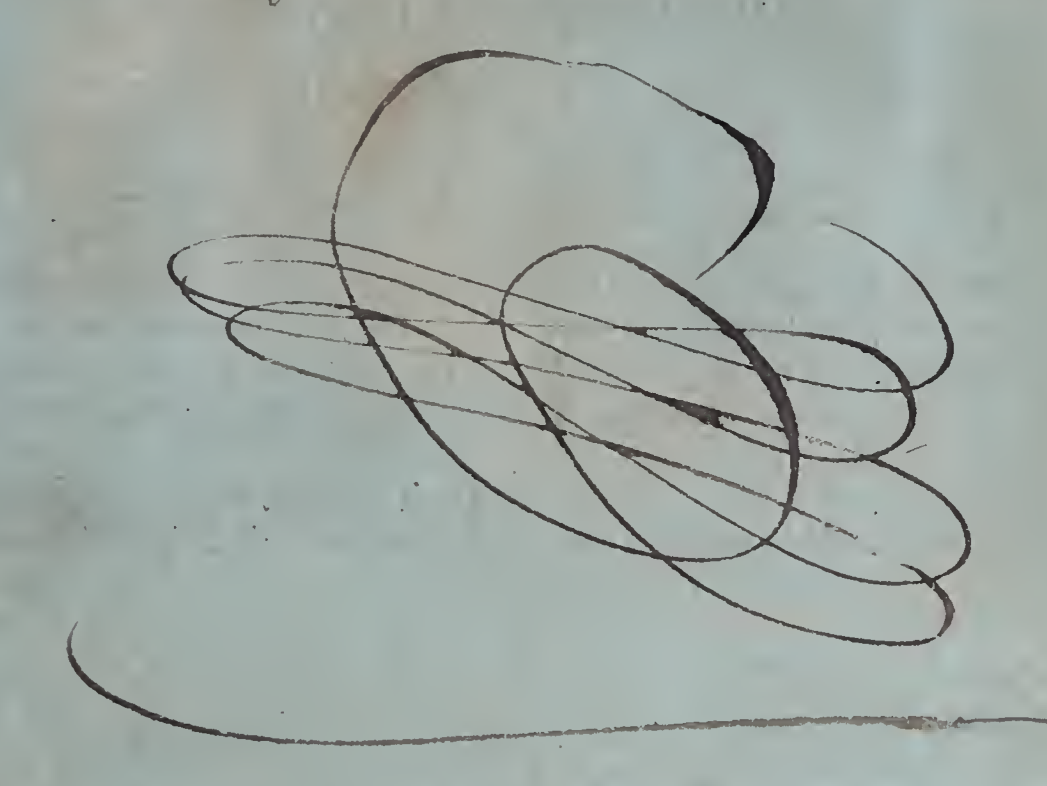
N.º 2

El Hijo del Emigrado.



3.0

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Se publica la BIBLIOTECA ILUSTRADA con profusion de grabados por entregas en 4.° mayor, que comprende un tomo en 8.° de las ediciones ordinarias.

Cuesta la entrega á real en Madrid y uno y medio en las provincias.

Sale una entrega cada semana de la seccion recreativa y desde 1851 una tambien de la seccion instructiva.

La obra que sigue á *Nuestra Señora de Paris* es *Los Españoles pintados por sí mismos*, y la que se publica de la primera série es *Vida y viajes de Cristóbal Colon*.

MBDavis

EL HIJO DEL EMIGRADO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

Escrito en francés por Mr. A. Bourgeois.

(Traducido libremente por D. A. G. Gutierrez.) García Gutiérrez

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 2 DE JULIO DE 1843.

ACTORES.

MATILDE DUVERNIER.	Doña B. Lamadrid.
MARIANA.	Doña C. Lapuerta.
ESTÉFANO.	Don A. Alverá
ARMANDO DUVERNIER.	Don P. Lopez.
CAMILO GRANDIER.	Don F. Lumbreras.
EL CONDE LEON DE MORELLE.	Don J. Lombia.
DUPERRET, Abogado	Don J. Aznar.
BAUTISTA CORNIQUET, llamado SÓCRATES en el primer acto.	Don A. Azcona.
RÓMULO, Dependiente del tribunal revolucionario.	Don J. Carceller.
ANDRES, Criado.	Don J. Fernandez.
UN PORTERO.	Don C. Spuntoni.
UN CRIADO.	Don L. Rada.
Guardias Nacionales y Gendarmes.	

El primer acto pasa la accion en Narbona, en casa de Duvernier, año de 1793; el segundo diez y ocho años despues en París, y los actos tercero y cuarto en Narbona.

ACTO PRIMERO.

Un salon. Al fondo una puerta, y otra en el ángulo de la derecha que conduce á la habitacion de Matilde. En el ángulo de la izquierda una ventana. A la derecha una biblioteca y una mesa cubierta con un tapete. En el lado opuesto, el despacho de Duvernier.--Al levantarse el telon se oyen los tambores que tocan llamada. Empieza á amanecer. Mariana sale de la habitacion de Matilde y se dirije hácia la ventana.

ESCENA I,

MARIANA, *luego* SÓCRATES.

Vuelta con la jenerala! (*abre la ventana y apaga las luces*) apagaré estas luces, puesto que ya es de dia. Desde que han dado en la gracia de no dejar un farol á vida, en llegando el domingo por la noche, el vecindario tiene que alumbrarse á sus espensas. Y ya se vé! como gradúan el patriotismo por el número de candilejas, cada uno ilumina lo mejor que puede. Esto les tiene cuenta á los tenderos, y nadie me quita de la cabeza que son ellos los que pagan á los pillos para que no dejen un reverbero en pie. Ah! por aqui pasa una patrulla de nacionales, pero no veo entre ellos al amo.

SÓCRATES.

Chiton! ya no hay amos en Francia.

MARIANA.

Ah! sois vos, Señor Bautista? me habeis asustado.

SÓCRATES.

Ya te he dicho que no hay Señores en Francia: mi nombre no es Bautista, y los tratamientos quedan suprimidos.

MARIANA.

En mi vida podré acostumbrarme á tutearos ni á llamaros por otro nombre que el de Bautista.

SÓCRATES.

Ciudadana, cuenta con lo que hablas. Asi como los nobles fundan su orgullo en los títulos que han heredado de sus mayores, del mismo modo me envanece el nombre que he tomado de la historia antigua. Cuando se decretó que los santos quedaban abolidos, y que cada uno podia escojer el nombre que mas fuese de su agrado, dije para mis adentros: quién me quita hacer lo que hacen los demas? San Juan Bautista es un ciudadano declarado sospechoso; en adelante me llamaré Sócrates. Sócrates! nombre magnífico.

MARIANA.

En efecto! dentro de poco ya no será posible conocernos.

SÓCRATES.

Ciudadana! Tu te inclinas á la aristocracia.

MARIANA.

Y si solo hubiérais cambiado de nombre, seria una ridiculez, pero nada mas.

SÓCRATES.

Qué dices?

MARIANA.

Pero vos que érais en otro tiempo el mas honrado mozo del barrio, vos, descendiente de una familia que ha servido por tantos años á los Condes de Morelle....

SÓCRATES.

Es verdad, pero....

MARIANA.

Apenas estalla la revolucion los abandonais en medio de los peligros que les rodean. Mas aun: para manifestar que no abrigábais ningun sentimiento de gratitud hácia ellos, los denunciásteis por haber emigrado, os encargásteis de guiar á los jendarmes que salieron á perseguirlos, y si no cayeron en vuestras manos fue porque Dios no quiso permitirlo. Desesperado con este motivo os dirijísteis al palacio de vuestros Señores, donde encontrásteis una porcion de hombres furiosos que querian saquearlo: en vez de contenerlos, en vez de defender ese antiguo solar donde habeis nacido, donde habeis sido alimentados tantos años vos y vuestros padres, proponeis á los demas incendiarlo. Afortunadamente las casas de la poblacion están pegadas al palacio y corrian el mismo peligro: por lo tanto rehusaron cometer semejante villanía. Vuestra ingratitud les hizo avergonzar de sus culpables intentos, y el palacio de los Condes de Morelle se salvó como se habian salvado sus dueños, por vuestra causa y á pesar vuestro.

SÓCRATES.

Asi es; pero si lograron escapar á mi venganza, otros la han esperimentado.

MARIANA.

Decid mas bien que lo habeis pretendido, porque.... hay una providencia que no habeis podido suprimir, y todos los que vos habeis denunciado, ó habeis querido prender por vos mismo, han burlado vuestros intentos.

SÓCRATES.

En efecto, no sé qué desgracia....

MARIANA.

Yo no sé cómo la Señorita Matilde os permite entrar aqui. Si yo estuviera en su lugar ya os habria....

SÓCRATES.

Bah! ya te acostumbrarás, Ciudadana; y acaso no está lejos el dia en que nos demos un abrazo....

MARIANA.

Yo! Dios me libre.

SÓCRATES.

Ya lo veremos.

MARIANA.

Si habeis venido para espiar lo que aqui pasa, yo os lo diré inmediatamente. La Señorita Matilde no recibe absolutamente á nadie: está triste, abatida, y especialmente desde el mes de mayo....

SÓCRATES.

Floreal, querrás decir.

MARIANA.

Padece tanto que no ha salido apenas de casa. En cuanto á Mr. Duvernier, mi amo, á pesar de haberse hecho republicano, es todo un hombre de bien. No le conozco otro defecto que su amistad con Mr. Grandier, y ese afan de correr á las armas apenas oye tocar jenerala. En esta semana....

SÓCRATES.

Década.

MARIANA.

Ha dormido tres noches fuera de su casa.

SÓCRATES.

Y no sabeis nada del ex-Conde de Morelle?

MARIANA.

No sé cómo os atreveis á pronunciar su nombre! El desdichado se habrá reunido á su familia en el lugar de su destierro.

SÓCRATES.

Tal vez.

MARIANA.

Y puesto que no teneis nada que preguntar, hacedme el favor de....

SÓCRATES.

De sentarme? sí por cierto: no me he acostado en toda la noche.

MARIANA.

Traeis alguna comision de Mr. Grandier, el acusador público?

SÓCRATES.

Qué charlar!

MARIANA.

Para que se vea lo que es el mundo. El hijo de un tratante en hierro viejo, un hombre sin principios, se convierte en dueño absoluto de un pueblo, y todo el mundo tiembla delante de él.

SÓCRATES.

Es verdad! todos le temen.

MARIANA.

Escepto yo.

ESCENA II.

DICHOS *y* CAMILO GRANDIER, *que ha entrado un momento antes en la sala.*

CAMILO.

De veras!

MARIANA.

Mr. Grandier! misericordia!

CAMILO.

El valor que manifiestas es hijo sin duda de la tranquilidad de tu conciencia. Escucha, Mariana, necesito hablar en este momento á la ciudadana Matilde.

MARIANA.

No sé si la Señorita...

CAMILO.

Ya sabes que Camilo Grandier no acostumbra esperar. Vé pronto.

MARIANA.

Voy, Señor.

SÓCRATES.

Ciudadano, dirás.

ESCENA III.

CAMILO, SÓCRATES.

SÓCRATES.

Ha ocurrido alguna novedad?

CAMILO.

El motin de esta noche ha sido fácilmente sofocado. Ayer, no estuviste en Narbona.

SÓCRATES.

En efecto, un asunto particular me obligó á partir á Chatenay donde tengo un pariente.

CAMILO.

El deber es antes que todo, y si el Tribunal hubiese tenido que comunicarte órdenes...

SÓCRATES.

Hice mal, es cierto; pero la humanidad es flaca, y el amor....

CAMILO.

Tienes amor?

SÓCRATES.

Y á lo que yo sospecho, no soy el único...

CAMILO.

Qué es lo que dices?

SÓCRATES.

Que estás enamorado como lo estuviste hace cuatro años en el palacio de Morelle.

CAMILO.

Te engañas, Sócrates: entonces no tenia amor, sino ambicion; y si codiciaba la mano de Julieta era porque esta alianza debia colocarme en un rango elevado. Pero Matilde, dime, no es cierto que se ha educado en el seno de esa familia?

SÓCRATES.

Es verdad! pero tú sabes por esperiencia cómo tratan esos nobles á los que no son de su condicion. Matilde era en el palacio de los Condes poco mas que una criada.

CAMILO.

Y el hermano de Julieta, no ha solicitado nunca el amor de Matilde?

SÓCRATES.

Jamás.

CAMILO.

Sin embargo, desde que yo la amo, siento

mas no haber podido destruir ese último vástago de la familia de Morelle.

SÓCRATES.

Si yo hubiera logrado atraparle....

CAMILO.

Sí.... ya sé que abrigas el mismo encono que yo para con tus antiguos señores: por eso he sentido que no estuvieses aqui esta noche. Estoy seguro de que Leon de Morelle hubiera caido en tus manos.

SÓCRATES.

Cómo! Leon!

CAMILO.

Su nombre está inscrito el primero en la lista de los conspiradores. Pero no puede haber salido de Narbona; ya he dado mis órdenes para que le busquen, y acaso en breve....

SÓCRATES.

Qué dices? serías capáz de encargar á otro semejante comision?

CAMILO.

Calla! Alguien viene.

SÓCRATES.

Es la ciudadana Matilde.

CAMILO.

Déjanos solos.

SÓCRATES.

Salud y fraternidad. (*aparte*) Leon de Morelle en Narbona!

ESCENA IV.

MATILDE, CAMILO.

MATILDE.

Mariana me ha anunciado que estábais aqui, y me he apresurado....

CAMILO.

Perdonad...

MATILDE.

Me traeis alguna noticia funesta? no he visto á mi hermano desde que salió anoche.

CAMILO.

Tranquilizaos, Señorita: acabo de separarme de vuestro hermano, y nada le ha sucedido.

MATILDE.

Este cuartel ha estado toda la noche en una grande ajitacion.

CAMILO.

Nada hay que temer. Hace tiempo que sabíamos los proyectos del partido realista, y nuestra infatigable vijilancia ha logrado desconcertarlos. Acaso hoy mismo queden en nuestro poder los conspiradores, y la espada de la ley caerá sobre sus cabezas.

MATILDE, *aparte*.

Mas desgracias!

CAMILO.

Pero á qué emplear tan mal los pocos instantes que me deja mi ingrato ministerio? No os han entregado ayer una carta mia?

MATILDE.

En efecto, Señor....

CAMILO.

Y qué os dignais contestarme?

MATILDE, *aparte*.

Qué suplicio!

CAMILO.

No sé como deba interpretar esa tibieza, esa duda que manifestais. Os amo, no podeis ignorarlo, á pesar del cuidado que habeis puesto siempre en evitar toda ocasion de hallaros sola conmigo.

MATILDE.

He puesto en conocimiento de mi hermano vuestra pretension, y él se ha encargado de responderos.

CAMILO.

No podré saberla antes?

MATILDE.

Si por cierto: estoy resuelta á no abandonar nunca á mi hermano.

CAMILO.

No es posible! renunciar asi al mundo....

MATILDE.

No quiero trocar por otro apellido el apellido de Duvernier.

CAMILO.

Entiendo: el que yo os ofrezco no es tan brillante sin duda.

MATILDE.

Ya sé que habeis adquirido una gran celebridad; pero sé tambien que esa celebridad ha costado raudales de sangre.

CAMILO.

Cuando se ha logrado el objeto, qué importa cuál sea el camino que nos ha conducido á él?

MATILDE.

Mucho siento, Mr. Grandier, que vuestra pertinacia me obligue á deciros que hay entre nosotros una valla insuperable; un obstáculo que no es posible allanar.

CAMILO.

Un obstáculo! cuál?

MATILDE.

Los recuerdos sangrientos de una historia horrible. La familia de los Condes de Morelle estaba íntimamente unida á la mia: yo me he educado en su seno, he recibido de ella beneficios inmensos, y vos habeis sido el implacable perseguidor de esa familia.

CAMILO.

Siempre ha de resonar su nombre en mis oidos!

MATILDE.

Comprendo que os debe ser doloroso oirle pronunciar, porque es imposible que olvideis el dia en que, errante y perdido en la confusion del mundo, os acojió una mano jenerosa.

CAMILO.

Y esa mano era la del Conde de Morelle:

MATILDE.

Sí, y á él le debísteis vuestra educacion.

CAMILO.

Sin ella hubiera sido mas feliz: por ella me hice ambicioso y comprendí la distancia que nos separaba. Escuchadme, Matilde; es preciso que conozcais bien al hombre cuyo amor despreciais. Cuando Mr. de Morelle vió que habia completado mis estudios, me llamó á su palacio con el objeto de encargarme de la educacion de su hijo: Julieta era jóven y hermosa: la amé y tuve la osadía de decírselo. Yo creia estar solo con ella; pero el Conde nos escuchaba: su rostro estaba pálido y sus ojos me fulminaban miradas de cólera. Sorprendido por esta repentina aparicion, iba á suplicarle que me perdonase un amor, insensato sin duda, pero que debia disculpar la posicion á que me habia él mismo elevado. Mr. de Morelle, sin escucharme, llamó á sus criados, y les dijo mirándome con desprecio: «arrojad á ese hombre de mi casa.» Desde aquel momento solo he pensado en vengarme, y la revolucion ha venido muy en breve á satisfacer mis afanes.

MATILDE.

Es cierto: habeis inmolado al Conde! su noble viuda y sus hijos han buscado un asilo lejos de Francia, y todo por vuestra causa.

CAMILO.

Dos años despues de haber recibido aquel ultraje, entré segunda vez en el palacio de Morelle, no ya confuso y avergonzado, sino precedido de la terrible fama de mi nombre. En vano se arrastró á mis plantas la hija del Conde: en vano imploró los recuerdos de aquel amor que habia cruelmente desdeñado!... Yo no sé perdonar, Matilde.

MATILDE.

Y yo, Señor, no tengo ya sufrimiento para veros ni oiros. Como amigo de mi hermano, podeis entrar cuando querais en mi casa; pero el enemigo de mis bienhechores no estrañará que en adelante evite su presencia.

CAMILO.

Siempre el mismo aborrecimiento, el mismo desprecio!

MATILDE, *con intencion.*

Qué decís? yo no os aborrezco.

CAMILO.

Basta, Matilde! Camilo Grandier sale de vuestra casa como salió del palacio de Morelle.... Rogad á Dios que no entre segunda vez.

ESCENA V.

MATILDE, *sola.*

Camilo Grandier! un horrible presentimiento me anuncia que ese hombre ha de influir poderosamente en mi destino. Gracias al cielo su saña no puede caer sino sobre mí. Pero Leon... Oh! no; su última carta nos anunciaba que habia logrado llegar á la frontera; pero y si esta carta hubiera sido escrita con el objeto de tranquilizarnos? Y no me atrevo á preguntar á nadie ni aun á pronunciar este nombre aqui guardado en mi corazon. Si mi hermano supiese.... Dios mio! Dios mio! tened piedad de una pobre madre. (*se oyen gritos*) Qué ruido es ese? Otro tumulto?...

ESCENA VI.

MATILDE, MARIANA.

Mariana entra precipitadamente por la puerta de fondo.

MATILDE.

Qué es eso, Mariana?

MARIANA.

Un hombre, á quien vienen persiguiendo, acaba de entrar en el jardin. Yo iba á decirle, á pesar mio, que saliese, cuando acercándose á mí, sacó una sortija, y me dijo con mucho misterio: «para la Señorita Matilde.»

MATILDE.

Una sortija!

MARIANA.

Miradla.

MATILDE.

Qué veo!

MARIANA.

Espero vuestras órdenes.

MATILDE.

El hombre que te ha dado esta sortija, no corre ningun peligro? dónde le has dejado?

MARIANA.

En el jardin.

MATILDE.

Corre, y hazle subir á esta sala. (*Mariana quiere irse por el fondo. Matilde la detiene*) No! por ahí no: acaso os verian los demas criados. Por aqui, por ese gabinete de mi hermano....

Señalando á la izquierda.

MARIANA.

En dos minutos le tendreis aqui.

Vase por la izquierda. Va cesando el tumulto.

MATILDE.

El tumulto va cesando! Dios sea loado! Sin duda han perdido su huella! Esta sortija!... sí, es la misma que le dí yo á Leon!... alguien se acerca!... ah! él es!

Sale Mariana seguida de Leon que viene embozado en una capa.

MARIANA.

Aqui está mi Señorita.

MATILDE, *conmovida*.

No os ha visto nadie?

MARIANA.

Nadie, á Dios gracias.

MATILDE.

Déjanos; si viniese mi hermano, avísame.

MARIANA.

Perded cuidado.

ESCENA VII.

MATILDE, LEON.

Inmediatamente que sale Mariana, arroja Leon la capa y los dos amantes se abrazan.

MATILDE.

Leon!...

LEON.

Matilde! querida Matilde! al fin logro volverte á ver!

MATILDE.

Oh! tiemblo por tí. Nos has engañado! tu última carta nos anunciaba....

LEON.

Quise tranquilizaros de ese modo: una esperanza secreta me detuvo. Debia estallar en breve un movimiento en favor de nuestra causa, y quise tomar parte en él; pero ha abortado nuestro proyecto, y á no ser por un milagro...

MATILDE.

Imprudente! esos furiosos, cuyos gritos me helaban de espanto....

LEON.

Eran mis perseguidores, y sin duda hubieran logrado alcanzarme si un hombre desconocido no me hubiera salvado milagrosamente. Al volver la esquina de una calle se acercó á mí, y agarrándome por fuerza de un brazo me hizo entrar por un pasadizo oscuro. Al querer deshacerme de él, pronunció vuestro nombre, y entonces comprendí que Dios me enviaba un protector. Mi guia me condujo hasta la puerta de vuestro jardin y allí desapareció.

MATILDE.

Quién era ese hombre?

LEON.

No le pude ver el rostro, pero su voz no me era desconocida.

MATILDE.

Quien quiera que sea, Dios premie su noble accion, como se ha apiadado de una pobre madre y de un niño inocente.

LEON.

Nuestro hijo! ah! ayer fui á verle á Chatenay. El proyectado alzamiento debia estallar en breves horas, y acaso me esperaba la muerte. Despues de haber rogado á Dios por la suerte de aquel hijo querido, volví á Narbona ansioso de luchar contra nuestros infames enemigos; pero nos habian delatado; apenas me quedaba tiempo para ponerme en salvo, pero no pude resolverme á ello sin abrazarte otra vez.

MATILDE.

Desdichado! si llegan á saber que estás aqui! si te prenden!

LEON.

Tranquilízate: un amigo fiel me espera esta noche en la puerta de España, y me entregará un pasaporte. Permíteme que permanezca en tu casa algunas horas, y nada tengo ya que temer.

MATILDE.

Dios mio!

LEON.

Tiemblas! acaso no estoy seguro aqui?

MATILDE.

Si viniese mi hermano!

LEON.

Ignora todavia que nos amamos? Tu me prometiste confesárselo todo.

MATILDE.

Es verdad; pero en el momento de cumplir esa promesa, me faltó el valor. Armando ha abrazado con entusiasmo la causa de la revolucion, y aborrece á los realistas, á quienes considera como enemigos de su pais. Oh! seria capaz de maldecirnos!

LEON.

Cómo! Armando que daria su ecsistencia por la causa que ha abrazado, no sabrá comprender que nosotros debemos sacrificarnos á la nuestra?

MATILDE.

Esperemos á que su entusiasmo se debilite; pero entretanto seria una imprudencia revelarle mi estravío cuando no podemos repararlo.

Suena un golpe dentro.

LEON.

Qué ruido es ese?

MATILDE.

Es una seña convenida con Mariana.

LEON.

Viene alguno?

MATILDE.

Sin duda es mi hermano. Qué haré?

LEON.

Yo no vacilaré un momento en poner mi vida bajo la salvaguardia de su honor.

MATILDE.

Insensato! es capaz de sacrificarlo todo á esa república que te ha condenado.

LEON.

Ya se acerca.

MATILDE.

Sí, él es. Por piedad, Leon, déjame antes hablarle. Entra aqui pronto.

Le hace entrar en su habitacion. Un momento despues sale Duvernier por la puerta del fondo.

ESCENA VIII.

DUVERNIER, MATILDE.

DUVERNIER, *ajitado.*

Desdichados! han perdido la razon! asi hacen aborrecer y maldecir el ídolo que inciensan!

Se pasea ajitado.

MATILDE; *acercándose.*

Qué ha pasado en el Tribunal?

DUVERNIER.

No lo han pregonado aun?

MATILDE.

Algun otro decreto?

DUVERNIER.

Sí, inícuo, sanguinario! en vano me he opuesto á esos fanáticos para que no llevasen á cabo su horrible proyecto.

MATILDE, *aparte.*

Aprovecharé este momento. (*alto*) Tú has protestado contra esos actos impíos, no es verdad?

DUVERNIER.

Sí, Matilde.

MATILDE, *animándose.*

Tú eres bueno y jeneroso y no puedes menos de deplorar tantas crueldades.

DUVERNIER.

Yo las maldigo!

Leon entreabre la puerta.

MATILDE.

Siendo asi, Armando, qué harías si uno de esos desdichados, con tanto rigor perseguidos, viniese á pedirte asilo?

DUVERNIER.

Se lo negaria, Matilde.

MATILDE.

Ah! y si alguno de ellos se hubiese introducido en tu casa, le entregarias sin piedad á sus enemigos?

DUVERNIER.

Ese es mi deber y sabria cumplirlo.

ESCENA IX.

DICHOS y LEON.

LEON.

Pues bien, Armando, yo he venido, desdichado y proscrito á pediros un asilo en vuestra casa: entregadme á mis jueces.

DUVERNIER.

Qué veo! Leon de Morelle aqui?

LEON.

Sí, Leon de Morelle, que no ha dudado nunca de vuestra jenerosidad: Leon de Morelle

que se ha acordado de que el padre del republicano Duvernier, habia sido el amigo de su padre.

DUVERNIER.

Yo no veo en vos sino á un enemigo de la república, que esta misma noche ha tomado las armas contra ella.

MATILDE.

Oh! no.... tú no eres capaz de denunciarle.

DUVERNIER.

No lo haré; pero que salga al instante de mi casa.

MATILDE.

Salir de aqui! eso seria entregarle á sus verdugos.

LEON.

A Dios, Matilde! vuestro hermano solo vé en mí á un adversario. Perdonadle como yo le perdono, y rogad á Dios por mí.

MATILDE.

Deteneos!

UNA VOZ *dentro.*

«Decreto del tribunal revolucionario en que se declara fuera de la ley á todo el que dé asilo á los enemigos de la República, ó favorezca su fuga.»

MATILDE.

Dios mio!

LEON.

Ya lo habeis oido, Matilde: yo no puedo permanecer mas tiempo aqui.

DUVERNIER.

Y yo, Leon, no puedo dejaros ya salir de mi casa.

MATILDE.

Qué oigo!

DUVERNIER.

Con la sorpresa que me causó vuestra aparicion inesperada, me habia olvidado del decreto que acabais de oir.

LEON.

Os comprendo: temeis que yo sospeche que sacrificais los deberes del honor á vuestra propia seguridad! no, yo no puedo presumir de vos semejante cobardía; pero sé cuál es mi obligacion, y voy á partir al instante.

DUVERNIER.

Mr. de Morelle, esas puertas no debieron abrirse nunca para vos; pero ya que habeis penetrado hasta aqui, mi obligacion es defenderos aunque me cueste la vida.

MATILDE.

Alguien sube por esa escalera. (*se dirije al fondo*) Es Mariana.

DUVERNIER.

Sola?

MATILDE.

Sola.

ESCENA X.

DICHOS *y* MARIANA *entrando por la puerta del fondo.*

MARIANA.

Ay, Señorita! Señor Armando! somos perdidos.

MATILDE.

Qué dices?

MARIANA.

Los ajentes del Tribunal han penetrado en el jardin, gritando: «Muera el aristócrata; aquí está!» Yo les dije que esta casa pertenecia al ciudadano Duvernier, al majistrado mas patriota de la ciudad, y ya iban calmándose cuando llegó ese pícaro de Sócrates, y les dijo: «Si ese hombre está aqui, yo daré con él; pero guardad bien todas las salidas.» Inmediatamente ha colocado centinelas por todas partes, pero yo me pude escapar y he venido á avisaros.

MATILDE.

Sospechan únicamente! tú no les has dicho nada?

MARIANA.

Yo? primero me arrancaría la lengua.

DUVERNIER.

Pues bien, cierra esa puerta.

MATILDE.

Cielos! los centinelas (*Matilde se asoma á la ventana*) rodean todo el parque. Ah!.. Están cargando los fusiles.

DUVERNIER.

No hay tiempo que perder. Mr. de Morelle, os acordais de esos estantes que estaban en vuestra casa, y que yo he comprado hace poco?

LEON.

Es verdad! y si no me engaño, tocando este resorte...

DUVERNIER.

Ahí es donde debeis ocultaros. Ninguno de vuestros perseguidores, puede conocer este secreto.

MARIANA.

Apresuraos, que viene jente.

LEON.

Gracias, Duvernier, Gracias.

Duvernier abre un estante de la biblioteca; se vé una puerta secreta que abrirá tambien, y es la entrada de un gabinete. Cuando Leon vá á entrar por la puerta, se presenta en ella Sócrates.

ESCENA XI.

DICHOS, *y* SÓCRATES.

TODOS.

Ah!

MARIANA.

Sócrates! por dónde ha entrado ese maldito?

MATILDE, *á Leon.*

Piedad! dejadnos salvarle.

SÓCRATES.

Ibais á perderle: el hombre que hizo esos estantes es Bernardo, conocido hoy por el nombre de Rómulo, y es el mismo que está á la cabeza de los que os persiguen.

LEON.

Yo creo haber oido esta voz no sé dónde!

MATILDE.

Bautista! el hombre que teneis delante es Leon de Morelle, el hijo de vuestros bienhechores.

MARIANA.

Maldito Judas! será capaz de venderle.

LEON.

Bautista! ah! no le acuseis; acabo de conocerle. El fue quien me salvó hace poco.

MATILDE.

Él!

MARIANA.

Es posible!

SÓCRATES.

Sí, Señores, sí: ya era tiempo de que arrojase la máscara! Yo no soy traidor: yo no he sido ingrato para con mis antiguos Señores: si he pretendido guiar á los jendarmes que los perseguian, fue para protejer mejor á los fujitivos: si esta noche pasada fui á Chatenay, llevaba el objeto de avisar al Conde su peligro, y aconsejarle que no viniese á Narbona: no hace mucho, cuando os venian persiguiendo los ajentes del Tribunal, os conduje á esta casa, donde sabia que encontrariais amigos, y en este momento me he encargado de prenderos para mejor asegurar vuestra fuga. Rómulo esperaba encontraros en ese gabinete; pero yo conozco tan bien como él todos los secretos de esa biblioteca, y me he anticipado. Yo no sé si el Sócrates de la antigüedad era hombre de mi temple, pero por lo que toca al Sócrates moderno, vive Dios que ha de poder mas que Rómulo. Venid conmigo, Señor Conde.

MATILDE.

Para qué habeis puesto centinelas por todas partes?

SÓCRATES.

Para estar seguro de no encontrar ninguno en el camino del parquecillo: si logramos llegar á él sin que nos vean, nada hay ya que temer. Allá nos espera Duperret con el pasaporte y un caballo. Dudareis en seguirme, Señor Conde?

LEON.

Vamos.

DUVERNIER.

Te debemos la vida.

MATILDE.

Amigo mio!

MARIANA.

Y yo que creia... debo darle un abrazo por lo mal que pensaba de él.

Lo abraza.

SÓCRATES.

Qué era lo que yo te decia, Ciudadana?

LEON.

Matilde! Armando! adios... para siempre tal vez.

SÓCRATES.

El tiempo vuela: no os detengais.

MATILDE.

El cielo os proteja.

Sócrates y Leon entran por la puerta del estante. Duvernier cierra.

ESCENA XII.

MATILDE, DUVERNIER, MARIANA.

DUVERNIER.

Por esa escalera podrán bajar á la huerta sin ser vistos.

MATILDE.

Dios permitirá que no sean descubiertos.

DUVERNIER.

Oh! he quebrantado mis deberes de ciudadano; pero Leon de Morelle era mi huésped. Mariana, no se nota movimiento alguno en los centinelas que rodean el parque?

MARIANA.

Nada absolutamente.

DUVERNIER.

Esta casa está muy próxima á las murallas, y en pocos minutos podrá estar fuera de la ciudad.

MATILDE, *aplicando el oido al lado de la biblioteca.*

Creí haber oido... No, me he engañado.

DUVERNIER.

Serénate, Matilde: acaso muy en breve necesitaremos todo nuestro valor para responder al interrogatorio que no dejarán de hacernos. Esa turbacion, esa palidez podrian perjudicarnos.

MATILDE.

Dices bien: ya no hay nada que temer... se ha salvado!.. (*se oye dentro un tiro*) Ah! se ha perdido.

DUVERNIER.

Dios eterno! voy á ver...

MARIANA.

No salgais! no salgais! todos esos malditos han desamparado sus puestos, y están agrupados alrededor de un hombre que está cargando su fusil, y debe ser sin duda el que ha disparado.

MATILDE.

Acaso no ha hecho mas que herirle: vamos á socorrerle, Armando! por aqui llegaremos mas pronto.

La puerta de la biblioteca se abre: aparece por ella Sócrates pálido y ajitado.

ESCENA XIII.

DICHOS, *y* SÓCRATES.

SÓCRATES.

Ya es inútil.

MATILDE.

Ha muerto!

SÓCRATES.

Se ha escapado.

MATILDE.

Ah!

SÓCRATES.

Al llegar á la huerta nos apercibió un hombre, que estaba alli no sé por qué casualidad. Al divisar á Leon que corria delante de mí, me gritó: «detenle!» pero viendo que ganaba terreno el Conde, le disparó un tiro. Afortunadamente equivocó la direccion, y la bala me alcanzó, aunque levemente, en el hombro.

DUVERNIER.

Estás herido!

SÓCRATES, *moviendo el brazo.*

No es nada!.. absolutamente nada. El que habia disparado, viéndome tendido en tierra, se detuvo á socorrerme, y esto dió lugar al Conde para que llegase adonde le esperaba Duperret. Ahora solo me queda ya que desear, que Dios os proteja, como ha protejido al Conde de Morelle.

MATILDE.

A nosotros!

SÓCRATES.

Ciertamente; la fuga de Leon es una prueba de su culpabilidad: mis camaradas atestiguarán que estaba escondido en vuestra casa, y el decreto promulgado hoy, es terminante.

DUVERNIER.

Sí; el que dé asilo á un proscrito, sufrirá la pena de muerte.

MATILDE.

La pena de muerte! Oh! no es posible.

MARIANA.

Podeis negarlo: no ecsiste ninguna prueba de que Leon entrase aqui con vuestro consentimiento.

DUVERNIER.

Yo no me humillaré hasta el punto de negar la verdad.

Se oyen gritos.

MATILDE.

Hermano mio! huye! aun es tiempo.

DUVERNIER.

Yo huir!

SÓCRATES.

Ya es tarde para eso.

MARIANA.

Sube jente por la escalera.

SÓCRATES, *aplicando el oido.*

Y jente armada.

DUVERNIER.

Mariana, abre esa puerta.

MARIANA.

Pero, Señor!..

SÓCRATES.

La resistencia es inútil; pero me resta una esperanza. Suceda lo que suceda, no salgais de aqui para nada. (*á Matilde*) Vos sola podeis salvar á vuestro hermano.

MATILDE.

Qué decís?

RÓMULO, *dentro.*

Echad abajo la puerta.

DUVERNIER, *abriendo la puerta.*

No es menester.

ESCENA XIV.

DICHOS, *y* RÓMULO.

MATILDE.

Dios mio, tened piedad de nosotros!

RÓMULO.

Perdona, ciudadana: pero la República no gusta esperar en las anteeámaras. (*habla á los que están fuera*) Que se tomen todas las salidas, y á cualquiera que intente escaparse, fuego! Es cierto, ciudadano Duvernier, que has tenido la humorada de ocultar en tu casa á un proscrito, en las barbas de la República una é indivisible?

MARIANA.

Esa es una calumnia.

RÓMULO.

Silencio!

DUVERNIER.

Mariana!

MARIANA.

Quiero hablar.

RÓMULO.

Nadie te ha concedido la palabra.

MARIANA.

Pues á pesar de eso...

DUVERNIER.

Mariana, silencio! (*aparte*) Me comprometes inútilmente. (*alto*) Qué pretendeis de mí?

RÓMULO.

Venimos á prenderte.

MATILDE.

Prender á mi hermano!

RÓMULO.

Por ahora no queremos nada mas; luego...

DUVERNIER, *aparte, á Rómulo.*

Silencio, miserable!

RÓMULO.

Por Rómulo mi patron, has de pagar cara la herida de nuestro pobre amigo Sócrates. Sígueme.

DUVERNIER.

Estoy dispuesto.

MATILDE.

A dónde vais?

RÓMULO.

A dar cuenta de su conducta al Tribunal.

MATILDE.

Al Tribunal! le condenarán á muerte.

RÓMULO.

El decreto no admite duda, y la ley alcanza á todos.

DUVERNIER, *aparte, á Rómulo.*

Silencio, os digo. (*alto*) Matilde, tranquilízate: yo disputaré á mis jueces esta existencia que te habia consagrado.

MATILDE.

No; yo te seguiré adonde quiera que vayas! si te condenan á muerte, yo no quiero ni debo sobrevivirte.

DUVERNIER, *á Mariana.*

Detenla!

MATILDE, *aparte.*

Pero, Bautista!..

DUVERNIER.

Cumplid con vuestro deber.

Vase con Rómulo.

ESCENA XV.

MATILDE, MARIANA, *luego* SÓCRATES.

MATILDE.

Yo le he perdido! Oh! cuanto tarda Bautista! Por piedad, Mariana, no me detengas; si yo no estoy á su lado, quién le defenderá?

SÓCRATES, *saliendo por la puerta del despacho de Duvernier.*

Camilo Grandier.

MATILDE.

Ah! qué nombre habeis pronunciado!

SÓCRATES.

El del único hombre que puede salvar á vuestro hermano. (*aparte á Mariana*) Tengo que hablar á solas á la Señorita: no permitas que entre aqui nadie, á escepcion de una persona.

MARIANA, *aparte.*

Quién?

SÓCRATES, *idem.*

El ciudadano Camilo: silencio, vete.

Vase Mariana.



ESCENA XVI.

MATILDE, SÓCRATES.

MATILDE.

Amigo mio! si Camilo puede disponer de la suerte de mi hermano, ya no hay esperanza para él. Camilo sabe que le aborrezco.

SÓCRATES.

Y yo sé que él os ama.

MATILDE.

Pero su amor me horroriza.

SÓCRATES.

Sin embargo, es preciso que os sometais á vuestro destino; que le deis vuestra mano.

MATILDE.

Jamás: no quiero volverle á ver.

SÓCRATES.

Dentro de pocos momentos estará aqui...

MATILDE.

Dios mio!

SÓCRATES.

Creyendo que vos le llamais.

MATILDE.

Quién ha podido decirle...

SÓCRADES.

Yo.

MATILDE.

Vá á venir! vá á venir solo! Oh!.. gracias, amigo mio! tú me entregas al hombre infame que asesinó al Conde de Morelle, y que no dudará en ser el verdugo de mi hermano.

SÓCRATES.

Y qué vais á hacer?

MATILDE.

Imitar el ejemplo que nos ha dado una vírjen santa! Dios que ha derramado en el corazon de Camilo toda la abominable crueldad de Marat, tambien ha derramado en mi alma el valor de Carlota Corday: yo seguiré su ejemplo! yo libertaré á mi pais de uno de sus tiranos, como ella lo hizo, y como ella tambien padeceré el martirio.

SÓCRATES, *en voz baja.*

Carlota no era madre.

MATILDE.

Tú sabes tambien...

SÓCRATES.

Quién protejeria al desdichado niño? Mr. Duvernier? no: el asesinato de Grandier precipitaria su muerte. Matilde! sed mas grande y mas jenerosa que Carlota Corday. Aquella mujer valerosa no arrostró mas que la muerte; la muerte, que es el dolor de un instante. Vos por el contrario, debeis sufrir el suplicio de toda vuestra ecsistencia.

MATILDE.

Pero mi hijo...

SÓCRATES.

Con el tiempo vivirá á vuestro lado. Ahora pues, decidme, dejareis huérfano á vuestro hijo, dejareis morir á vuestro hermano?

MATILDE.

Tienes razon: debo salvarle aunque me cueste la vida: es mi obligacion, y la cumpliré. Vé á buscar á ese hombre, á ese tigre, dile que su víctima está pronta, pero que venga al momento, antes que pierda la razon. Corre, dile que se apresure.

SÓCRATES.

Aqui está.

MATILDE.

Dios mio! tan pronto!

ESCENA XVII.

DICHOS y CAMILO.

CAMILO.

Me habeis llamado, Matilde?

A una seña de Camilo se retira Sócrates.

MATILDE.

Sí, para imploraros piedad, ó mas bien para pediros justicia. Armando no es culpable; y si la piedad es un crímen, yo le he cometido solamente. Yo fui quien en ausencia de mi hermano dí asilo á un desgraciado.

CAMILO.

Yo no puedo hacer nada por Duvernier; el Tribunal es el único que puede absolverle ó condenarle.

MATILDE.

Oh! vos podeis lograr cuanto querais, porque vos sois el alma de ese Tribunal: todos esos jueces tiemblan delante de vos.

CAMILO.

Matilde, hablemos sin rebozo. Hoy entro en esta casa como entré un dia en el palacio de Morelle; la vida de Duvernier está hoy sometida á mi capricho, como lo estuvo entonces la del Conde. Julieta, sin embargo, no pudo rescatar la cabeza de su padre, y vos,

Matilde, con una sola palabra podeis salvar á vuestro hermano.

MATILDE.

Lo que me pedís es imposible.

CAMILO.

Adios.

MATILDE, *deteniéndole.*

Piedad, Camilo!

SÓCRATES.

El Tribunal está ya reunido, y ha hecho comparecer al reo: solo esperan al ciudadano acusador público.

CAMILO, *en voz baja.*

Lo habeis oido? yo soy el árbitro de su vida!

MATILDE.

Camilo!...

CAMILO.

Aun vacilais! sin duda otro amor...

MATILDE.

Yo no os he dicho eso.

CAMILO.

Si tu corazon es libre... Oh! yo haré por merecer tu cariño. (*viendo que Matilde permanece silenciosa, á Sócrates*) Vamos.

MATILDE.

A dónde vais?

CAMILO.

A merecer tu encono.

MATILDE.

Mi hermano!..

CAMILO.

Ya no hay esperanza para él.

MATILDE.

Ah! Camilo! salvadle... salvadle...

Cae desmayada. Camilo y Sócrates la sientan en un sillon.

SÓCRATES.

Se ha desmayado.

CAMILO.

Corre: vé al palacio del Tribual; dí que proroguen hasta mañana la causa de Duvernier. Esta noche será Matilde mi esposa, y mañana quedará su hermano en libertad.

SÓCRATES, *mirando con dolor á Matilde.*

Pobre mártir!

ACTO SEGUNDO.

Una sala: puertas al fondo y á los lados. A la izquierda un velador, donde está preparado el almuerzo. A la derecha un confidente, en el que está sentada Madama Grandier. A la izquierda una chimenea, sobre la cual habrá un reló.

ESCENA I.

MATILDE *bordando*, BAUTISTA *que entra por el fondo.*

MATILDE, *dejando la labor.*

Bautista! no ha vuelto aun Estéfano?

BAUTISTA.

No, Señora.

MATILDE, *mirando al reló.*

Ya vá á dar la una!

BAUTISTA.

Debe de ir adelantado ese reló.

MATILDE.

Me ofreció que estaria aqui á las diez.

BAUTISTA.

Habrá encontrado algun amigo: los jóvenes siempre tienen compañeros del Colejio... (*aparte*) Y dice bien la pobre Señora! Ya tarda mas de lo regular.

MATILDE.

Mi hermano se impacienta, y yo no estoy tranquila.

BAUTISTA.

Por eso? cuando os digo que al fin no será nada! se habrá detenido jugando alguna partida al villar, ó un par de buenos ojos le habrán electrizado; porque Estéfano tiene ya veinte años, y es preciso que os empeceis á familiarizar con la idea de que mas tarde ó mas temprano, acabará por ahí. Pero, dispensadme que hable de Estéfano con tanta familiaridad.

MATILDE.

Y por qué no, Bautista? Tú has sido para con él mas que un amigo: diez y ocho años hace que no te apartas de su lado.

BAUTISTA.

Es verdad, y si al principio fue un deber que me impuse, muy en breve hallé en este deber mi felicidad. Desde el dia en que siguiendo mis consejos entregasteis vuestra mano á Camilo Grandier, yo me dije á mí mismo: Bautista! aunque con la mejor intencion, has privado á un pobre niño de su madre: es preciso que le consideres como tu hijo. Vos no debiais verle en adelante, porque Grandier era

hombre capaz de mataros á los dos, si hubiese sospechado solamente la verdad: no podiais confesarlo á vuestro hermano, porque vos queriais que ignorase hasta qué punto os habiais hecho desgraciada por salvarle. Entretanto, yo he educado á Estéfano; yo le he enseñado á bendecir y adorar á la mujer misteriosa á quien debia su ecsistencia, y por la cual rezábamos de noche los dos. Pero á pesar de todo mi conato, no dejaba de comprender que la ternura de una madre no puede suplirse de ningun modo. Mi mas risueña esperanza era la de reuniros á vuestro hijo: pero, cómo habia de introducir á Estéfano en la casa de Camilo Grandier? Cuando mas ocupado estaba en estos proyectos, fue cuando supe que habiendo encontrado alguna prueba de vuestro amor con Leon, Mr. Grandier habia consentido en separarse de vos amigablemente.

MATILDE.

Sí: negocios importantes le obligaron á partir á Colmar, y pretestando que el clima del Norte seria perjudicial á mi salud, me dejó en la casa de mi hermano.

BAUTISTA.

Entonces fue cuando vuestra tia, conociendo que iba á espirar, llamó á vuestro hermano, y le recomendó á Estéfano, diciéndole que era un pobre huérfano á quien habia prohijado, y á quien legaba todos sus bienes.

MATILDE.

Sí, Madama de Merenvil, fue jeneroso hasta el estremo. No le pareció bastante haber servido de madre á mi Estéfano en sus primeros años, disculpar mi estravío, y guardar para con todos mi secreto; aun ha hecho mas: ha asegurado para siempre la suerte de mi hijo. Pero, Bautista! tú no quitas los ojos de ese reló! tú tambien estás inquieto.

BAUTISTA.

Yo? No tal! Cuando digo que estará entretenido en cualquier parte; si yo estuviera en vuestro lugar, maldito si me cuidaria...

Hace que se vá.

MATILDE.

A dónde vas?

BAUTISTA.

A buscarle, Señora.

MATILDE.

Oh! tú le quieres tanto como yo.

Al tiempo de marcharse Bautista, sale Duvernier por la izquierda.

ESCENA XI.

DICHOS, DUVERNIER.

DUVERNIER.

Bautista! Bautista!

BAUTISTA.

Señor?

DUVERNIER.

Has hecho todos los preparativos para la marcha?

BAUTISTA.

Las maletas están ya cerradas, y en breve tendreis á la puerta el carruaje.

DUVERNIER, *mira su reló y se pasea impaciente.*

Bien.

BAUTISTA.

No teneis ninguna otra orden que darme?

DUVERNIER.

Cuando vuelva Estéfano, dile que le estamos esperando para almorzar: que no se detenga. Ah! tambien espero una visita: un caballero, á quien introducirás inmediatamente.

BAUTISTA.

Nada mas?

DUVERNIER.

Nada mas, Bautista.

Bautista se va por el fondo.

ESCENA III.

DUVERNIER, MATILDE.

DUVERNIER.

No almorzaremos en toda la mañana! Al cabo hoy partimos para Narbona, donde Estéfano pasará el tiempo de las vacaciones. El pobre huérfano ha encontrado en nosotros sus padres, y en tí especialmente; pues al adoptarle le has consagrado toda la ternura que se debe á un hijo.

MATILDE, *turbada.*

Y cómo no he de querer á ese jóven cuyo afecto para con nosotros es tan grande?

DUVERNIER.

Sin el amor que le profesamos, cuál hubiera sido su suerte en estos diez y ocho años! Bien has necesitado este consuelo para hacer mas llevadera tu ecsistencia al lado de ese hombre cruel.

MATILDE.

Dios le perdone el mal que me ha causado!

DUVERNIER.

Pobre hermana mia! yo no tuve suficiente valor para rehusar tu noble sacrificio! Afortunadamente tu corazon estaba libre; y á no ser por eso, Dios me es testigo de que hubiera preferido mil veces el suplicio á deberte la ecsistencia á precio de tu infortunio.

MATILDE, *aparte.*

Si supiera... Oh! no... que lo ignore siempre! (*alto*) Armando, nada conseguiremos recordando esas tristes memorias. Ya han pasado muchos años desde aquel horrible suceso, y en el dia no debes acordarte sino de que Mr. Grandier es tu hermano.

DUVERNIER.

Ese título lo ha debido á la violencia; lo ha debido á un crímen. Asi es que me he alegrado de vuestra voluntaria separacion. Camilo ha comprendido sin duda lo odiosa que me era la presencia del hombre, que en cambio de mi vida ha comprado tu desdicha. Cuando se resolvió á partir á Colmar, donde deberá permanecer todavia tres años, no puedes figurarte cuál fue mi júbilo.

MATILDE.

Calla! Calla! Para consuelo de mis desdichas, no os tengo siempre á mi lado, á tí y á Estéfano?

DUVERNIER.

Sí; Estéfano es un escelente jóven, honrado, cariñoso, y muy en breve será por su aplicacion uno de los mejores abogados de Narbona. Pero cómo es que tarda hoy tanto? ya vá á dar la una!

MATILDE, *aparte.*

No puedo disimular mi inquietud! (*alto*) Si no he oido mal, creo que esperas tambien una visita?

DUVERNIER.

En efecto.

MATILDE.

Algun estraño?

DUVERNIER.

No por cierto! tú especialmente le conoces mucho.

MATILDE.

Yo!

DUVERNIER.

Te has olvidado ya del hombre cuya aparicion en nuestra casa, fue el oríjen de tantas desdichas?

MATILDE.

Leon de Morelle?

DUVERNIER.

El mismo; pero de qué nace esa turbacion? estás temblando!

MATILDE.

Es verdad; la sorpresa que me ha causado esa noticia... pero cómo sabes que está en París?

DUVERNIER.

Acaba de escribirme una carta: léela.

MATILDE.

«Armando: diez y ocho años han trascurrido desde el dia que arriesgásteis vuestra »ecsistencia por salvar la mia. Si no me he »aprovechado antes del decreto que abrió las »puertas de Francia á sus hijos desterrados y »proscritos, fue porque en Francia no podia »haber ya felicidad para mí. (*pausa*) Un deber »santo me ligaba al lugar de mi destierro; mi »madre habia jurado no volver nunca al suelo »regado con la sangre de su esposo, y mien»tras Dios ha conservado su ecsistencia, he »permanecido constantemente á su lado. Pero »hoy que me veo solo en el mundo, el único »deseo que abriga mi corazon, es el de morir »en el suelo donde recibí la vida, donde fuí en »otro tiempo feliz. He sabido que estábais en »esta capital, y espero me permitais que vaya »á visitaros y á estrechar la mano del hombre »jeneroso á quien debo mi ecsistencia. Temo »sin embargo presentarme en vuestra casa an»tes de asegurarme de vuestro consentimiento; »pero sea cual fuere vuestra determinacion, »siempre os estará reconocido, Leon de Mo»relle.» (*pausa*) Y qué le has contestado?

DUVERNIER.

Que le espero.

MATILDE, *alargándole la mano.*

Bien, Armando!

DUVERNIER.

Alguien viene! si será él!

MATILDE.

No, es Estéfano.

ESCENA IV.

DICHOS, BAUTISTA, ESTÉFANO, *que viene pálido y visiblemente ajitado.*

MATILDE.

Cuánto has tardado!

DUVERNIER.

Gracias á Dios! No os acordábais ya de que os estábamos esperando?

ESTEFANO, *aparentando serenidad.*

Perdonad!..

DUVERNIER.

Vamos á almorzar.

MATILDE, *aparte, á Bautista.*

Dónde le has encontrado?

BAUTISTA, *aparte, á Matilde.*

No lejos de aqui, iba deprisa, y pasó por mi lado sin conocerme. No me ha costado poco hacerle entrar en casa; pero no he podido sacarle una palabra del cuerpo.

MATILDE, *aparte.*

Me pones en cuidado. Dios mio! no me dareis un solo dia de completa felicidad?

BAUTISTA, *aparte.*

No veis qué sombrío está?

DUVERNIER *se levanta y se dirije á Estéfano.*

Qué tienes, Estéfano?

ESTEFANO, *alzando con prontitud la cabeza.*

Yo!.. nada.

DUVERNIER, *sentándose á la mesa.*

Ya le reñirás mientras almorzamos.

MATILDE, *aparte, á Estéfano.*

Tu me ocultas algun pesar.

ESTEFANO.

Os juro que no.

MATILDÈ.

Armando, en nombre del Cielo, hazle que nos diga lo que le pasa. No ves qué pálido está?

DUVERNIER *se levanta y se dirije á Estéfano.*

Es cierto.

MATILDE.

Dios mio!

BAUTISTA.

Está llorando!

MATILDE.

Qué te ha sucedido? habla.

DUVERNIER.

Estéfano!

ESTEFÀNO.

Sí; lloro de rabia y desesperacion: toda mi sangre está ardiendo, y especialmente aqui, en mi mejilla, donde hay una marca estampada por la mano de un hombre.

DUVERNIER.

Qué oigo!

MATILDE.

Ah!

BAUTISTA.

Que no hubiera estado yo alli!

MATILDE.

Oh! cálmate!

DUVERNIER.

Y no sabes el nombre de ese miserable?

ESTEFANO.

Su nombre! no os han dicho mis lágrimas que lo ignoro?

DUVERNIER.

Pero qué has hecho tú para que ese hombre se precipitase á cometer un atentado semejante?

ESTEFANO.

Acababa de salir de la escuela de Derecho, adonde habia ido á despedirme de mis camaradas. Al llegar á la plaza del Castillejo, empezó á llover repentinamente, y para guarecerme del agua entré en un café. Hacia ya tiempo que estaba alli, cuando oí pronunciar la palabra «republicano» con un tono de desprecio que me hizo volver la cabeza. Dos hombres estaban sentados á una mesa, y uno de ellos con un periódico en la mano, leia en voz alta los nombres de varios majistrados á quienes el Emperador ha conferido altos destinos. El que leia, dijo interrumpiendo su lectura: «Los republicanos deben estar contentos con el gobierno: »para ellos son todos los empleos, todos los honores.» El otro que hasta entonces habia callado, tomó el periódico, y recorriéndole con una mirada desdeñosa, dijo: «llamais republicanos á estos hombres? les haceis en ello demasiado favor. Acordaos del tribunal de Narbona! Oh! todos esos majistrados no son mas »que infames asesinos!» Mentís, esclamé yo al instante; porque al oir lo que decia aquel hombre, me acordé de que vos, mi padre, mi bienhechor, habiais sido republicano, abogado y lúego juez en el tribunal de Narbona. Aquel hombre se dirijió colérico hácia mí, gritando: «retractaos de lo que habeis dicho, caballero.» Yo le respondí: «no solo no me retracto, sino »que os digo que sois un infame calumniador.» Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando la mano de aquel hombre...

MATILDE.

Gran Dios!

ESTEFANO.

No podeis figuraros cuál fue mi desesperacion, al ver que todos los testigos de aquella horrible escena se arrojaron entre nosotros, separándonos, quién sabe si para siempre!

Aquel hombre desapareció entre la multitud, y todas las dilijencias que he practicado para hallarle, han sido inútiles.

MATILDE, *aparte.*

Respiro.

DUVERNIER.

Pobre Estéfano! por defenderme hubieras sido capaz de poner en peligro tu ecsistencia! Pero te has arrebatado sin razon: qué sabes tú si ese hombre habia visto perecer en el cadalso á un padre, á un hermano, condenado por esos jueces implacables?

BAUTISTA.

Sí, Estéfano! y esos jueces hubieran tambien arrastrado al suplicio al mismo Duvernier, si la Providencia divina no le hubiera escudado. Habeis hecho mal; sin embargo, como yo lográra encontrar á ese hombre, le habia de hacer pasar un mal rato.

MATILDE.

El tiempo y la ausencia te harán olvidar ese ultraje. Dentro de una hora partimos.

ESTEFANO, *con enerjia.*

Dejar á París sin vengarme! oh, Señora! por ese amor de que tantas pruebas me habeis dado, no me obligueis á salir de París: tendria que desobedeceros.

MATILDE, *aparte.*

Cielos!

DUVERNIER, *aparte, á Matilde.*

Yo le convenceré!

ESTEFANO.

Y si me fuese imposible encontrarle... Oh! daria la mitad de mi ecsistencia al que me dijera su nombre.

UN CRIADO, *anunciando.*

Mr. Leon de Morelle.

DUVERNIER.

Serénate, Estéfano.

MATILDE.

No sé si tendré valor.

Duvernier se adelanta á recibir á Leon. Estéfano se deja caer abatido sobre una silla.

ESCENA V.

DICHOS y LEON.

LEON, *con voz conmovida.*

Caballero...

DUVERNIER.

Decid mas bien vuestro amigo.

Se abrazan. Leon parece cada vez mas conmovido.

MATILDE, *aparte, mirando á Leon y á Estéfano.*

Tan cerca de mí los dos!

DUVERNIER.

No decís nada á mi hermana?

BAUTISTA, *aparte, á Matilde.*

No os turbeis; serenidad!

LEON, *acercándose á Matilde.*

Señora! permitid que el amigo de vuestro hermano...

La toma la mano y se la besa respetuosamente. Estéfano al oir la voz de Leon se estremece, levanta la cabeza y dá un grito.

ESTEFANO.

Esa voz... Ah!

Todas las miradas se fijan en él. Leon se turba.

MATILDE.

Qué tienes?

BAUTISTA.

Cómo le mira.

ESTEFANO.

Gracias, Dios mio! la reparacion seguirá inmediatamente al ultraje. No es cierto, caballero, que venís (*acercándose á Leon*) á darme una satisfaccion por el insulto que me habeis hecho?

MATILDE, *aparte.*

Qué horror!

DUVERNIER.

Qué dices, Estéfano?

ESTEFANO.

Miradme, padre mio! las lágrimas han desaparecido de mis ojos, y la desesperacion, de mi frente. Al fin he podido encontrar al hombre que me ha afrentado.

DUVERNIER.

Ese hombre...

ESTEFANO.

Vedle.

DUVERNIER.

Leon de Morelle!

MATILDE, *aparte, á Leon.*

Qué habeis hecho?

ESTEFANO.

Ahora ya no podeis escaparos, Caballero, porque ninguno de los presentes protejerá vuestra fuga.

LEON, *acercándose á Estéfano.*

Insensato!

MATILDE, *colocándose entre los dos, y diciendo aparte á Leon.*

Desventurado! no sabeis quién es ese jóven?

no os ha dicho nada el corazon?

LEON, *aparte, retrocediendo.*

Estéfano! es posible!

DUVERNIER, *aparte.*

No sé cómo evitar...

MATILDE.

Estéfano, por piedad, tranquilízate.

ESTEFANO.

Teneis miedo, Caballero? se me figura que estais temblando.

MATILDE.

Calla, calla!

ESTEFANO.

Acabemos de una vez; salid al instante, ó vive Dios que si os negais, seré capaz de asesinaros.

Se acerca á Leon. Este permanece inmóvil.

MATILDE.

Oh!

Matilde, Duvernier, Bautista se interponen. Largo silencio, durante el cual se aprocsima Leon á Estéfano, quien se manifiesta abatido y confuso.

LEON.

Yo os daré todas las satisfacciones que gusteis, pero de ningun modo con las armas. Hablad, qué ecsijís de mí? quereis que os diga que mi arrebatada accion será el tormento mayor de mi vida? quereis que os lo diga con lágrimas? quereis que os lo diga de rodillas?

BAUTISTA, *aparte.*

Pobre padre!

DUVERNIER, *á Estéfano, con dulzura.*

Qué podrás responder al que tan noblemente reconoce su yerro?

MATILDE, *en tono de súplica.*

Que todo está olvidado, no es cierto?

DUVERNIER.

Vamos! dadme vuestra mano, Leon de Morelle. Estéfano, dadme la vuestra.

Estéfano vacila.

MATILDE.

Estéfano! por nuestro amor!

Al tocar Estéfano la mano de Leon se estremece.

DUVERNIER.

Es sincera esta reconciliacion?

LEON.

Sí, muy sincera.

ESTEFANO, *despues de un momento de pausa, con frialdad.*

Sí.

MATILDE, *con alegria.*

Ah!

DUVERNIER, *aparte, á Leon.*

El tiempo hará lo demas.

LEON, *aparte.*

Yo lo espero.

BAUTISTA, *aparte, mirando á Estéfano.*

Estéfano no ha perdonado.

DUVERNIER.

Querida Matilde; ten la bondad de hacer compañía á nuestro amigo Leon. Estéfano y yo tenemos que hacer algunas visitas de despedida.

ESTEFANO, *con viveza.*

Sí, sí... vamos.

DUVERNIER, *aparte, á Matilde.*

Si le queda algun sentimiento yo sabré convencerle; yo le haré comprender la nobleza y la jenerosidad que hay en la conducta del Conde. Dentro (*á Leon*) de algunas horas partimos á Narbona; si no os detiene ya nada en París, podeis venir con nosotros.

LEON.

Pienso marchar esta misma tarde.

DUVERNIER.

En ese caso, no tenemos ya que hablar: hasta luego. Vamos, Estéfano.

ESTEFANO.

Ya os sigo.

BAUTISTA, *aparte.*

No le perderé de vista.

ESCENA VI.

LEON, MATILDE.

LEON, *siguiéndole con la vista.*

Mi hijo! Ese jóven impetuoso y ardiente es mi hijo!

MATILDE, *sin levantar los ojos.*

Yo os doy gracias, Leon, por mi hermano y por mí. Con una sola palabra podiais haber desvanecido el resentimiento del hombre que os insultaba, y habeis sufrido con noble resignacion los ultrajes que os dirijia, sin pronunciar aquella palabra.

LEON.

Dios sabe todo el valor que he necesitado para no estrecharle contra mi corazon! Pero, Matilde! para el hombre que ha podido sobrevivir á vuestra pérdida, no hay dolores que no sean fáciles de soportar.

MATILDE, *conmovida é interrumpiéndole.*

Hablemos de Estéfano! solo de él.

LEON.

Teneis razon! Pobre Estéfano! condenado á la horfandad en el seno mismo de sus padres! Por qué no me habeis dejado el consuelo de poderle llamar algun dia mi hijo?

MATILDE.

La prudencia ecsijia este sacrificio. Grandier habia encontrado en mi poder vuestro retrato, precioso recuerdo del que no habia podido separarme; este descubrimiento le hizo conocer que nos habiamos amado, y á toda costa deseaba encontrar un nuevo indicio de nuestra pasion. Si hubiese visto que vos adoptábais un niño, misteriosamente criado en la casa de mi tia, yá no hubiera dudado un instante de mi crímen, y acaso hubiera tomado venganza de vos y de nuestro hijo.

LEON.

Sí; debe ser inecsorable el ódio de ese hombre, cuya alma vengativa y cruel brillaba aun en las miradas que me dirijió hace poco dias.

MATILDE, *con viveza.*

Habeis vuelto á verle?

LEON.

Cuando pasé por Colmar.

MATILDE, *con zozobra.*

Dios mio!

LEON.

Un instante me bastó para conocer al hombre por quien tantos males he sufrido! al hombre que tanta felicidad me ha robado!

MATILDE.

Y él os ha conocido?

LEON.

No lo creo; por lo menos no manifestó la menor alteracion en su semblante.

MATILDE, *aterrada.*

Ah! Camilo creia que habiais muerto en el estranjero; pero os ha vuelto á ver; acaso imajina que estais ahora á mi lado! tiemblo de pensarlo.

LEON.

Y no poder romper el lazo maldito que encadena vuestra ecsistencia á la de ese hombre! Y sin perderos no puedo pedirle cuenta de la sangre y de las lágrimas que ha hecho derramar!

ESCENA VII.

DICHOS, BAUTISTA.

BAUTISTA.

Perdonad! habeis visto á Estéfano?

MATILDE.

No ha salido con Armando?

BAUTISTA.

Creí que habia vuelto. Queria preguntarle si habia visto las pistolas de Mr. Duvernier; no las encuentro por ninguna parte, y como estoy arreglando las maletas...

MATILDE, *con inquietud.*

Acaso estarán en un cofre que han traido esta mañana á mi cuarto. Es preciso que lo veamos.

BAUTISTA, *conteniéndose.*

Sí, es esencial... porque son dos pistolas escelentes y seria lástima que se perdieran. (*aparte*) Mr. de Morelle (*á Leon*) no salgais de aqui hasta que hayais hablado conmigo. (*alto*) Vamos, Señora.

Entran en la habitacion de Matilde.

ESCENA VIII.

LEON, *luego* ESTÉFANO.

LEON.

Qué tendrá que decirme Bautista! En vano queria disimular su turbacion. Amenazará alguna nueva desgracia á Matilde ó á nuestro hijo? Estéfano!

Al volverse al ruido que hace Estéfano al entrar, le vé y queda sorprendido.

ESTEFANO.

Está solo.

LEON, *aparte.*

Mi hijo! y no poderle estrechar contra mi corazon!

ESTEFANO.

Por fin...,

Cierra la puerta del fondo.

LEON.

Habeis dejado solo á Mr. Duvernier? (*viendo que Estéfano no le contesta*) No le acompañais mientras hace sus visitas?

ESTEFANO.

He dejado solo á Mr. Duvernier, porque tenia ánsia de volver á buscaros.

LEON.

Me lo decís de un modo...

ESTEFANO.

Me habeis comprendido, y sin duda me estabais esperando; no es verdad?

LEON, *aparte.*

Cómo eludir?..

ESTEFANO.

Mr. de Morelle, una resolucion firme y decidida me hace venir á buscaros, y os advierto que nada en el mundo me hará volver atrás una vez formado mi propósito; no perdamos tiempo: venid conmigo.

LEON.

Estéfano! dejadme! yo no puedo hacer lo que me pedís.

ESTEFANO.

No podeis! miradlo bien, Caballero! yo no soy mas que un pobre huérfano, á quien una familia jenerosa adoptó por caridad. Todo lo que yo poseo en el mundo es mi honor, y es el que vos me habeis quitado.

LEON.

Acaso ese honor es mas sagrado para mí que para vos mismo. Oh! si supierais... pero he jurado guardar este secreto.

ESTEFANO.

A mí nada me importa saberlo! Venid.

LEON.

Estéfano! nosotros no podemos batirnos.

ESTEFANO, *con desesperacion.*

No? Pues bien, yo sabré obligaros á ello.

LEON.

No lo espereis.

ESTEFANO.

No me habeis enseñado el modo de afrentar á un hombre?

Se adelanta furioso hácia donde está Leon: la puerta derecha se abre y salen Matilde y Bautista.

ESCENA IX.

DICHOS, MATILDE *y* BAUTISTA.

MATILDE.

Estéfano! es tu padre!

ESTEFANO, *retrocede y queda como petrificado.*

Mi padre!

BAUTISTA, *aparte.*

Era preciso que lo supiese.

ESTEFANO.

Es un sueño! deliro?

MATILDE.

No! es la verdad!

LEON.

Comprendes ahora, Estéfano...

ESTEFANO, *arrodillándose.*

Perdon! Perdon!

MATILDE.

Estéfano!

ESTEFANO, *mirando á Matilde.*

Oh! seria demasiada felicidad! El placer me mataria! Sí, esa turbacion, esas lágrimas!..

MATILDE.

Silencio! silencio!

ESTEFANO.

Mi razon se estravía; decidme que no soy ya huérfano.

MATILDE.

Calla, Estéfano!

LEON.

De tu reserva, de tu silencio dependen la felicidad y el reposo de tu madre.

ESTEFANO, *en voz baja.*

No temais... yo callaré... yo callaré!

MATILDE.

Acuérdate de que hay en el mundo dos hombres que deben ignorar siempre el oríjen de tu nacimiento: el uno honrado y jeneroso, seria por toda su vida infeliz al saber que habia sido causa de mi desgracia. El otro implacable y cruel, se creeria con derecho para aborrecerte, para vengarse en tí tal vez.

ESTEFANO.

Y esa es sin duda la causa porque le aborrezco, porque le he aborrecido siempre. No sé qué secreto instinto me hacia temblar siendo niño, al acercarme á ese hombre. Yo me acusaba de ingrato para con él, y en vano pretendia amarle.

MATILDE.

Calla! alguien viene.

LEON, *mirando á la puerta del fondo.*

Es Duvernier, que está dando sus órdenes para la marcha.

ESTEFANO.

Por algun tiempo, será preciso que oculte en mi corazon el afecto que me inspirais!

LEON.

Dices bien: pero mientras estamos solos....

Estéfano se arroja en sus brazos.

MATILDE.

Ahí está! separaos.

ESCENA X.

DICHOS, *y* DUVERNIER, *que trae una carta abierta en la mano.*

DUVERNIER.

Estamos todos? perfectamente! no tardaremos en ponernos en camino. (*aparte, viendo que Estéfano y Leon están colocados en los dos estremos del teatro*) Cómo ha de ser, paciencia! Lo que es en la berlina, no tendreis mas remedio que acercaros. (*alto*) Acabo de recibir carta de Colmar.

MATILDE.

De Colmar?

DUVERNIER.

Sí, de tu marido.

MATILDE, *aparte.*

Estoy temblando.

DUVERNIER.

Pero lo mas singular es que esta carta ha sido dirijida á Narbona, sin duda porque Camilo no esperaba que prolongásemos tanto tiempo nuestra residencia en París; asi es que tiene una semana de atraso.

MATILDE.

Y... qué dice en esa carta?

DUVERNIER.

Aun no he tenido tiempo de leerla.

Lee la carta para sí.

MATILDE.

Sin duda te dirá...

DUVERNIER.

Que por este año, lo mismo que succdió en los tres últimos, permanecerá en Colmar, donsu presencia es necesaria.

MATILDE, *con alegria.*

Ah!

DUVERNIER.

Una circunstancia imprevista, un obstáculo insuperable, le han detenido nuevamente, á tiempo que se disponia á venir.

MATILDE, *aparte.*

Respiro!

DUVERNIER.

Numerosos rejimientos se dirijen desde varios puntos de Francia á la frontera del Norte, circunstancia que dilatará su permanencia en Colmar. Dice, que cuando su deber se lo permita, vendrá á darnos un abrazo; pero que no puede decir cuándo llegará ese dia. (*aparte, con satisfaccion*) Vamos, Matilde puede decir que ha enviudado.

BAUTISTA, *anunciando.*

Mr. Camilo Grandier.

Vase. Sorpresa jeneral.

ESCENA XI.

DICHOS, *y* GRANDIER.

Al salir se detiene un momento á la puerta, desde donde ecsamina rápidamente á los que están en la escena.

MATILDE, *aparte.*

Bien me lo anunciaba el corazon.

LEON, *aparte.*

Ha vuelto por causa mia.

DUVRNIER.

Nos has sorprendido á todos!

CAMILO.

Sí?

DUVERNIER, *aparte.*

Esta venida inesperada es cosa estraña.

CAMILO.

Querida Matilde! (*la besa su mano*) Por qué tiembla vuestra mano?

MATILDE.

La sorpresa sin duda!.. la conmocion!..

DUVERNIER.

No ves que nos ha cojido á todos de nuevas?

CAMILO, *mirando al derredor.*

En efecto, ya veo que no se me esperaba.

DUVERNIER.

Acababa de recibir esta carta tuya.

CAMILO.

Cuando la dirijí á Narbona, estaba muy lejos de pensar que os veria tan pronto.

DUVERNIER.

Sin duda han desaparecido los obstáculos que te lo han impedido hasta ahora.

CAMILO.

No tal.

DUVERNIER.

Y cómo has podido ausentarte en semejante ocasion?

CAMILO.

Nada me detiene ya en Colmar.

DUVERNIER.

Pues!..

CAMILO.

He hecho dimision.

DUVERNIER.

Es posible!

CAMILO.

Estoy decidido á fijar mi residencia en Narbona, al lado de aquellos de quienes he estado separado tanto tiempo. (*clavando una mirada en Matilde*) En adelante no nos separaremos nunca.

Matilde y Estéfano se miran.

LEON, *aparte.*

Sospechará tal vez!.. infame!

CAMILO.

Pero si no me engaño, no soy el único á quien ha aquejado el amor de la patria. No es Mr. de Morelle, á quien tengo el honor de saludar?

DUVERNIER.

El mismo: tambien piensa restituirse á Narbona.

CAMILO, *acercándose á Leon.*

Recibid mi enhorabuena, Señor Conde.

LEON, *saludando con frialdad.*

Caballero!..

CAMILO, *aparte, á Leon y cambiando de tono.*

Os concedo ocho dias para que termineis vuestros negocios en Narbona; pasado este tiempo, partireis de esa ciudad para no volver nunca á ella.

LEON.

No entiendo con qué derecho...

CAMILO.

Os concedo ocho dias.

Pausa. Duvernier y Estéfano han quedado pensativos. Matilde, notando que Grandier y Leon se hablan, dá muestras de inquietud.

ACTO TERCERO.

Un salon en la casa de Duvernier: por una puerta que hay al fondo, se descubre un jardin. A los lados de esta puerta, dos ventanas grandes. Delante de cada una de ellas, un velador cubierto de piezas de loza, y armas antiguas, entre las cuales sobresale una daga preciosamente trabajada. Puertas laterales: la de la izquierda dá paso á la habitacion de Matilde, la de la derecha á un salon. A la derecha cerca del proscenio un camapé: á la izquierda un velador: muebles de la época del Imperio. La escena está alumbrada por dos arañas: el jardin estará en completa oscuridad.

ESCENA I.

BAUTISTA *y* ANDRES.

BAUTISTA.

Está todo dispuesto en el salon?

ANDRES.

Todo.

BAUTISTA.

No espereis á que vengan los de fuera para encender las luces.

ANDRES.

Perded cuidado. Bailarán aquí?

BAUTISTA.

Ni aqui, ni en ninguna parte. La Señora de Grandier ha accedido de muy mala gana á asistir esta noche á la funcion, y se ha convenido en que no habrá mas que música.

ANDRES.

La Sra. de Grandier tiene una voz escelente.

BAUTISTA, *aparte.*

Pobre Matilde!

ANDRES.

No os parece que por esta noche, hariamos bien en quitar de encima de los veladores todos esos trastos?

BAUTISTA.

Qué estás diciendo? esos son los mejores adornos de esta pieza.

ANDRES.

Ba! adornos llamais á unos pedazos de hierro viejo, y á unos tiestos miserables?

BAUTISTA.

Esos que tú llamas tiestos, son magníficas piezas de china, y en cuanto á esas armas, la mas moderna es del tiempo de Francisco I. Mr. Estéfano se ha aficionado en París á esas antigüedades.

ANDRES.

No ha venido muy contento de allá el señorito. Se dice que el mismo dia en que os pusisteis en camino, tuvo una reyerta y quiso batirse...

ESCENA II.

DICHOS *y* CAMILO, *que trae una carta en la mano.*

CAMILO.

Con Mr. de Morelle, no es cierto?

A una señal de Camilo se vá Andres.

BAUTISTA.

Si Señor.

CAMILO.

Duvernier me lo ha contado, y aun teme que Estéfano conserve el recuerdo de aquel disgusto y trate de vengarse del agravio que recibió.

BAUTISTA.

Es muy posible.

CAMILO.

Ya hacia tres años que no veia á Estéfano: todos en esta casa le quieren entrañablemente, y en cuanto á Duvernier, le mira como á un hijo.

BAUTISTA.

Es natural.

CAMILO.

Cierto; pero en cuanto á Matilde, no comprendo cuál pueda ser la causa de esa ternura que manifiesta para con el hijo adoptivo de su hermano.

BAUTISTA, *aparte.*

Qué oigo!

CAMILO.

Es muy estraño! (*se sienta y lee á media voz la carta*) «Conforme habeis encargado, he conseguido comprar el palacio de la Jonchér, y todo está dispuesto para cuando querais venir á habitarle.»

Sigue leyendo para sí.

BAUTISTA, *aparte.*

Es necesario que Estéfano tenga mas precaucion.

ESCENA III.

DICHOS, ESTÉFANO, DUVERNIER, DUPERRET.

DUVERNIER.

Mientras mi hermana está en su tocador, vereis el Museo de antigüedades que ha traido Estéfano de París.

BAUTISTA, *aparte, á Estéfano.*

Aparentad delante de Camilo que conservais todavia rencor á Mr. Morelle.

Váse.

DUVERNIER, *á Camilo.*

Por qué te has levantado tan pronto de la mesa?

CAMILO.

Me trajeron una carta que esperába con impaciencia.

DUPERRET.

Todas estas armas son en efecto magníficas.

Se acercan á un velador y ecsaminan una espada.

ESTEFANO.

Se asegura que esa espada perteneció al Condestable de Armagnac.

CAMILO.

Su nuevo propietario se veria muy apurado para servirse de ella.

ESTEFANO.

En efecto, es muy pesada para mi brazo; pero mirad, esta daga florentina puede dar tambien la muerte.

CAMILO.

Esas armas debieron desaparecer con los hombres de hierro que las llevaban, porque en nuestros dias, nadie tiene el brazo bastante fuerte, ni el corazon bastante firme, para hacer uso de ellas. Ya ha pasado el tiempo de aquellos rencores implacables: ahora nuestro enemigo de ayer, es hoy acaso nuestro mejor amigo.

ESTEFANO, *mirándole con intencion.*

Os engañais: hay ciertos hombres á quienes odiamos por instinto: que parecen haber nacido para hacer nuestra desgracia: y cuando la fatalidad nos coloca frente á frente de uno de esos hombres y le miramos como á enemigo, entonces nuestro rencor es implacable; entonces el brazo es fuerte y el corazon firme.

DUVERNIER.

Basta! basta!

ESTEFANO.

Perdonad!..

DUPERRET, *aparte, á Duvernier.*

Lo dirá por Mr. de Morelle?

DUVERNIER, *en voz baja, á Estéfano.*

Estéfano! acuérdate de la palabra que me has dado.

ANDRES, *anunciando.*

El Señor Conde de Morelle.

DUPERRET, *aparte, á Duvernier.*

No veis cómo se ha inmutado al oir pronunciar su nombre?

ESCENA IV.

DICHOS, LEON, *luego* BAUTISTA.

DUVERNIER.

Muy olvidado estais, Mr. de Morelle, de vuestros compañeros de viaje. Ya hace cinco

dias que llegamos á Narbona, y hasta hoy no os hemos debido una sola visita.

LEON, *saludando.*

Señores!..

DUVERNIER.

Permitidme que os presente á nuestro amigo Duperret.

LEON.

Duperret?

DUPERRET.

No habeis olvidado mi nombre?

LEON.

No, amigo mio! le tengo grabado en mi corazon, desde el dia en que, gracias á vuestra jenerosidad, pude escapar á la persecucion de... de los republicanos de Narbona.

DUPERRET.

Diez y ocho años han pasado desde aquel suceso, y abogado soy como lo era entonces.

BAUTISTA, *á Duvernier.*

Señor, ya van llegando los convidados: quereis que entren aqui?

DUVERNIER.

No: haz que abran el salon; yo recibiré mientras no viene Matilde. Mr. de Morelle...

Váse Bautista.

LEON.

Deseo hablar á solas por algunos instantes con Mr. de Grandier.

DUVERNIER.

En ese caso, esperad á que salga mi hermana de su tocador, y acompañadla al salon.

ESTEFANO, *aparte, mirando á hurtadillas á Leon.*

No he de poder verle solo un instante!

DUVERNIER.

No te apartes de mi lado, Estéfano,

ESTEFANO, *aparte.*

Qué suplicio!

ESCENA V.

LEON, CAMILO.

LEON.

Caballero! Cuando llegamos á Narbona, os ofrecí no presentarme en vuestra casa mas que una sola vez. La visita que hoy hago á vuestra familia, es una visita de despedida.

CAMILO.

Os ausentais?

LEON.

Mañana.

CAMILO.

Yo no habia dudado un instante de vos ni de vuestra promesa; pero comprendiendo lo enorme del sacrificio que os imponiais, he mudado de pensamiento. (*con ironía*) Quedaos en Narbona, donde os ligan tantos recuerdos agradables: yo seré el que me ausente de aqui.

LEON, *con alegria.*

Nos dejais?

CAMILO.

Esta misma noche: vuestra amistad será un consuelo para Duvernier, quien con motivo de nuestra ausencia vá á encontrarse solo.

LEON.

Pues qué, Matilde... la Señora de Grandier...

CAMILO.

Seguirá á su marido.

LEON.

La separais de su hermano!

CAMILO.

No se apartará ya de mi lado.

LEON, *aparte.*

Y su hijo? (*alto*) Caballero! solo mi presencia en estos sitios os ha hecho tomar esa determinacion que ha de aflijir profundamente á Duvernier y á su hermana. Habeis sabido que en otro tiempo fui el amante de Matilde, y creeis que ese recuerdo no se aparta nunca de mi. Pues bien, yo tendré valor para imponerme ese sacrificio que juzgais superior á mis fuerzas. Por triste, por doloroso que sea el destierro, yo lo sufriré por segunda vez; yo, si quereis, cruzaré el Océano para separarme eternamente de vosotros; pero no la aparteis del lado de su hermano.

CAMILO.

Esas instancias hacen mas irrevocable mi determinacion. Con vuestra presencia han despertado mis celos, largo tiempo adormecidos. Decís que habeis amado á Matilde, y cuando lo decís, vuestra turbacion, vuestras miradas, todo me indica que la amais aun. (*despues de una breve pausa se acerca á Leon y le dice en voz baja*) Y ahora, comprendeis que lo que ecsije mi reposo, es algo mas que vuestra ausencia!

LEON.

Es mi muerte!.. pero en el dia ya no se levanta el cadalso para satisfacer vuestra cobarde venganza, (*conteniéndose*) y no creo que os atrevais á trocar el hacha del verdugo por la espada del Caballero.

CAMILO.

Si vos me aborrecieseis como yo os aborrezco!..

LEON.

No conoceis que si reprimo mi furor, es por Matilde? no habeis advertido que cuando estoy á vuestro lado, hierve toda mi sangre? no veis, Camilo, que estoy temblando de cólera?

CAMILO.

Y qué pretesto daremos para justificar nuestro duelo? no quisiera que se supiese la verdad.

LEON.

No os acordais ya de la familia de Morelle? no fuisteis vos el asesino de mi padre?

CAMILO, *con sonrisa.*

Teneis razon: ese es un pretesto como cualquiera otro. Matilde partirá sola esta noche, y mañana á las cinco, os esperaré con Estéfano en el bosque de Oliviers.

LEON.

Con Estéfano?

CAMILO.

Sí: ese jóven será mi padrino, y en caso de necesidad, creo que ocupará con gusto mi puesto.

LEON, *aparte.*

Tratemos de evitarle este compromiso: acaso no sabria contenerse. (*alto*) Creo, Mr. de Grandier, que los testigos son inútiles.

CAMILO.

Sin embargo...

LEON.

El combate ha de ser á muerte: pues bien, cada uno de nosotros llevará consigo una carta, en que diga que él mismo ha puesto fin á su ecsistencia.

CAMILO.

Me parece bien.

LEON.

Queda aceptado?

CAMILO, *tirando del cordon de la campanilla.*

Es cosa corriente.

LEON.

Qué vais á hacer?

CAMILO.

Necesito tomar algunas disposiciones. (*sale Andres*) Dónde está Bautista? que venga inmediatamente. (*vase Andres*) Pero mejor será que vaya yo mismo. Mr. de Morelle, cuenta que nadie sepa una palabra de ésto, y sobre todo, Matilde. Nada conseguiriamos con darla este disgusto.

Vase.

ESCENA VI.

LEON, *luego* BAUTISTA.

LEON.

Por fin, el ódio de Camilo ha escedido á mis esperanzas. Oh padre mio! Matilde! mañana quedareis vengados. Pero qué digo? ese hombre ha sido siempre el verdugo de mi familia. A Estéfano le queda el apoyo de Duvernier; pero quién velará por Matilde si yo muero?

BAUTISTA.

No está aqui Mr. Grandier?

LEON, *aparte.*

Ah! este hombre puede servirme. (*alto*) Grandier acaba de apartarse de mí: ha ido á disponer su marcha y la de Matilde.

BAUTISTA.

Qué decís?

LEON.

Sí, Bautista; quiere separarla de su hermano y de su hijo: quiere llevarla sin duda á alguna lejana provincia de Francia, donde viva subyugada al capricho de su verdugo. Pero ya que esto suceda, es preciso que tenga á lo menos un amigo que la consuele, y tú puedes ser ese amigo. Grandier te permitirá que la acompañes, y tú serás para ella en la soledad de su destierro, un recuerdo vivo de las personas que ama. Ademas, yo conozco tu valor, tu fidelidad! si es necesario, Matilde tendrá en tí un defensor.

BAUTISTA.

Ya sabeis que os ha consagrado mi ecsistencia. Estéfano puede ya vivir sin mí, y puesto que la madre es desgraciada, desde hoy no me apartaré de su lado.

LEON.

Bien!

BAUTISTA.

Y vos, qué pensais hacer?

LEON.

Yo? Escucha, Bautista, es preciso que esta noche, á todo trance, pueda hablar á solas con Matilde y Estéfano. A él le dirás que me espere en ese salon inmediato. Tú no te ale-

jes tampoco de aqui: tengo que hacerte depositario de unos papeles que te daré al momento. (*hace que se vá y vuelve*) Dime, Bautista, y en premio de tantos servicios, qué es lo que deseas? puedo yo hacer algo para pagarte el amor que te debemos?

BAUTISTA.

Sí, seguramente.

LEON.

Y qué es? habla.

BAUTISTA.

Dadme vuestra mano.

LEON, *abrazándole.*

Tú tienes el corazon noble!

BAUTISTA, *enjugándose una lágrima.*

Me habeis pagado con usura lo poco que he hecho por vos.

LEON.

Espérame aqui: al momento vuelvo.

BAUTISTA.

No faltaré.

Leon se vá por el fondo.

ESCENA VII.

BAUTISTA, *luego* MATILDE, *por la izquierda.*

BAUTISTA.

Ya lo decia yo! Camilo no ha venido sino para trastornarnos á todos. Pobre Matilde! y sin duda no sabrá todavia los proyectos de su marido. Si él mismo se los comunica, es fácil que la venda su emocion. Pero ella viene aqui.

MATILDE.

Me he hecho esperar mucho tiempo, no es verdad, Bautista? pero si tú supieses lo que me ha costado el decidirme á venir aqui esta noche!

BAUTISTA, *en voz baja.*

Rogad á Dios que sostenga esa noble resignacion tantas veces probada! Un nuevo infortunio os amenaza.

MATILDE.

Gran Dios! acaso Estéfano...

BAUTISTA.

Van á separarnos de él.

MATILDE.

Separarnos! eso nunca.

BAUTISTA.

Camilo está resuelto á ello.

MATILDE.

Me resistiré á obedecerle.

BAUTISTA.

Imposible! vos lo conoceis tan bien como yo.

MATILDE.

Sin embargo, resistiré. Mi hijo es el único bien que me ha dejado.

BAUTISTA.

Y no seria mucho peor que hicieseis su desgracia con vuestro amor inconsiderado?

MATILDE.

Seria capaz!...

BAUTISTA.

De todo.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* CAMILO.

CAMILO.

Os buscaba, Matilde. Todos estrañan no haberos visto aun en el salon.

BAUTISTA, *aparte, á Matilde.*

Serenaos.

CAMILO.

Vuestra tardanza tenia inquieto á Duvernier, y su hijo adoptivo, Estéfano, se ha ofrecido varias veces á venir á buscaros. Ese jóven os profesa un afecto entrañable. Tengo deseos de que me conteis su historia, que para mí es bastante misteriosa.

MATILDE, *aparte, á Bautista.*

Oh! partiré!

CAMILO.

Dispensadme si no os doy el brazo para entrar en el salon: tengo que dar algunas órdenes.

BAUTISTA, *aparte, á Matilde.*

No os podeis tener en pie!

MATILDE, *aparte.*

Dios me sostendrá.

Camilo acompaña á Matilde, dándole la mano hasta la puerta de la derecha.

ESCENA IX.

BAUTISTA, CAMILO.

BAUTISTA.

Desgraciada!

CAMILO, *aparte.*

Matilde se pondrá en camino esta misma

noche; necesito una persona fiel que la acompañe.

BAUTISTA, *aparte.*

Cómo lo diria de modo que no sospechase..

CAMILO.

Bautista! tendrás algun obstáculo en abandonar el servicio de Duvernier para entrar en el mio?

BAUTISTA.

Segun: si me conviniese...

CAMILO.

Dentro de una hora saldrá Matilde de Narbona: yo debia acompañala; pero un asunto importante me detendrá aqui hasta mañana. Tú podrias ir en mi lugar.

BAUTISTA, *como dudando.*

Pero hay que partir esta misma noche?

CAMILO.

Y aun condenarte á no salir nunca de los sitios donde vá á fijar Matilde su permanencia.

BAUTISTA.

Y es muy lejos?

CAMILO.

Qué te importa?

BAUTISTA.

Y no recibireis alli á nadie?

CAMILO.

A nadie.

BAUTISTA.

La perspectiva que me ofreceis es risueña.

CAMILO.

No te conviene?

BAUTISTA.

Qué diablos! el trabajo no será mucho, y á mi edad es lo que mas me conviene. Queda aceptada la proposicion.

CAMILO.

Bien! á eso de las nueve estará á la puerta una silla de posta; colocarás en ella todo lo necesario para el viaje, y me avisarás inmediatamente que esté todo dispuesto. Yo haré por apresurar la despedida, y Matilde saldrá de esta casa para subir al carruaje. Toma: aqui tienes dinero para los gastos del camino.

Le dá una bolsa.

BAUTISTA.

Pero, no me direis á dónde vamos?

CAMILO.

Luego lo sabrás.

Váse por la derecha.

ESCENA X.

BAUTISTA *luego* LEON.

BAUTISTA.

Desconfiado como siempre! Pobre Matilde! cuál será la suerte que te está reservada!

LEON, *por el fondo.*

He visto que hablabas con Mr. de Grandier.

BAUTISTA.

Esta noche me pongo en camino con Matilde; pero no he podido averiguar adonde vamos.

LEON.

Por fin has conseguido que te lleve consigo! yo no me atrevia á esperar tanta fortuna! Oye, Bautista, cuando Mr. Grandier vaya á reunirse con vosotros al lugar que ha escojido para su residencia, remitirás á Duvernier esta carta que te confio. Por ella dejo asegurada la felicidad de Estéfano; pero por tu vida, cuidado no llegue á manos de Camilo.

BAUTISTA.

Primero me arrancará la vida.

LEON.

Alguien viene.

ANDRES.

Bautista, Mr. Grandier ha preguntado por vos. Sabeis dónde guardó la Señora sus cuadernos de música?

BAUTISTA, *señalando una puerta pequeña de la izquierda.*

En esa pieza deben estar.

ANDRES.

Gracias. No hagais esperar á Mr. Grandier.

Bautista se vá despues de estrechar la mano de Leon. Andres entra en el cuarto que le ha indicado Bautista.

ESCENA XI.

LEON, *luego* ANDRES.

LEON.

No he podido hablar á Matilde un instante, por mas que lo he procurado; yo sin embargo es necesario que la vea por la última vez. La escribiré: ese criado está al servicio de Duvernier, y no creo que haya peligro en que la lleve este billete.

Se sienta y escribe rápidamente con lapiz en un papel.

ANDRES, *sale con un cuaderno de música en la mano.*

Este es sin duda el que me ha pedido.

LEON.

Oye, ese cuaderno es para la Señora de Grandier?

ANDRES.

Si Señor.

Toma el cuaderno, hojea un momento, é introduce con disimulo el billete entre las hojas.

LEON.

Dádmele.

ESCENA XII.

DICHOS, ESTÉFANO, *y luego* DUVERNIER *y* DUPERRET.

ESTEFANO.

Por fin he podido sustraerme. (*viendo á Leon*) Ah! no me habia engañado mi corazon! aqui estaba, déjanos, Andres.

LEON, *aparte.*

Estéfano!

ANDRES.

Perdonad, pero la Señora me ha encargado...

ESTEFANO.

Ya lo sé: yo me encargo de llevarle ese cuaderno.

Váse Andres: cuando Estéfano vé que se ha alejado, se arroja en los brazos de Leon.

ESTEFANO.

Ah! Señor!

LEON.

Prudencia, Estéfano!

ESTEFANO.

Si supieseis con cuánta ansiedad esperaba este momento!

LEON.

En este sitio es fácil que nos vean, y es necesario evitar todo motivo de sospecha. Sin embargo, es preciso que nos veamos. Lleva esos papeles á Matilde: luego si puedes burlar la vijilancia de Duvernier, y sobre todo la de Camilo, vé á buscarme á las nueve al pabellon del parque. Alli estaremos con mas seguridad.

Duvernier y Duperret aparecen por la puerta de la derecha.

DUVERNIER, *aparte.*

Juntos los dos!

LEON.

Y te daré mi último abrazo.

Se vá por la puerta del fondo.

ESTEFANO.

Su último abrazo? Oh! yo quiero saber....

Va á seguir á Leon y se encuentra frente á frente á Duvernier.

DUVERNIER.

Qué hablabas con Mr. de Morelle? para qué pretendes seguirle?

ESTEFANO.

Dejadme por favor: no me detengais.

ESCENA XIII.

DICHOS *y* CAMILO, *que sale apresurado.*

CAMILO.

Duvernier! Estéfano! acudid pronto! Matilde se ha desmayado en el momento de sentarse al piano.

DUVERNIER.

Mi hermana!

ESTEFANO.

Vamos! vamos!

Arroja sobre una silla el cuaderno de música: pero mal colocado cae al suelo, y el billete de Leon se sale de entre las hojas. Camilo que iba á marchar, lo advierte y se detiene. Los demas se han ido por la derecha.

CAMILO.

Se ha caido un papel que estaba dentro del cuaderno que pidió Matilde. Es un billete escrito con lapiz! Qué veo! (*lee*) «Dios te reserva »un nuevo infortunio, pobre mártir! pero si »fuere su voluntad, será el último, y mañana »tal vez serás libre. Pero yo tambien necesito »que des aliento á mi corazon. A las nueve te »espero en el pabellon del parque, donde nos »veremos acaso por la última vez.» Esta carta es de Leon. Oh! ya no me es posible esperar hasta mañana: ahora mismo! ahora mismo nos batiremos. (*conteniéndose*) Pero á esta hora!.. no querrá, y si consiente, no le será dificil la victoria, porque mi vista se ofusca y mi mano tiembla. Sí, me mataria, y mañana iria á decir á Matilde, ya estais libre, ya nos podemos amar! (*se oyen dar las nueve en un reló que habia en la sala*) Las nueve! esta es la

hora! (*vé la daga que está sobre el velador, la coje como involuntariamente, la desenvaina y ecsamina la punta. Se enjuga el sudor que le corre por la frente, y luego con ademan decidido esclama*) Oh! no! acabemos de una vez.

Váse precipitadamente por la puerta del fondo. En el instante mismo sale Matilde sostenida por Duvernier y Estéfano.

ESCENA XIV.

ESTÉFANO, MATILDE, DUVERNIER, DUPERRET *y* CONVIDADOS.

MATILDE.

Tranquilizaos! me siento mejor.

DUVERNIER.

Querida hermana!

MATILDE.

Dispensadme, Armando, si he turbado la alegria que reinaba en el salon.

ESTEFANO, *con inquietud.*

Pero os sentís buena?

MATILDE.

Sí, aunque tengo muy débil la cabeza; pero nada mas.

ESTEFANO, *aparte, mirando al reló.*

Me estará esperando.

MATILDE.

Estaba mi esposo en el salon cuándo me puse mala?

DUVERNIER.

El fue quien nos avisó, y luego he sabido ha dado orden para que llamasen á un médico.

Durante este diálogo, Estéfano se ha ido deslizando hasta que logra irse por la puerta del fondo, sin que se aperciban de ello los que están en la escena.

MATILDE, *levantándose.*

Para qué! ya me siento buena.

Bautista sale con una capa forrada de pieles en el brazo, y un sombrero en la mano.

DUVERNIER.

A dónde vas, Bautista?

BAUTISTA.

Vengo á avisar á Mr. Grandier, que la silla de posta está á la puerta.

Todos se quedan sorprendidos. Camilo sale por la puerta del fondo: viene pálido, pero sereno.

DUVERNIER.

La silla de posta! Se vá Camilo de Narbona?

ESCENA XV.

DICHOS, *y* CAMILO.

CAMILO.

Sí, mi querido Armando: en este mismo instante me pongo en camino.

DUVERNIER.

Pero con qué motivo?

CAMILO.

He recibido una orden del Ministerio, cuya ejecucion no puedo dilatar.

DUVERNIER.

Cuándo has recibido esa orden?

CAMILO.

Habrá dos horas á lo mas; pero no te admires porque te haya guardado hasta ahora este secreto. Tu misma hermana no sabe mas sino que ha de venir conmigo.

DUVERNIER.

Es posible! Matilde...

CAMILO.

No quiero estar separado por mas tiempo de ella.

DUVERNIER.

Yo no puedo creer lo que me dices.

CAMILO.

Ya he dado mis instrucciones á Bautista, porque has de saber que le llevo tambien conmigo. Si no te he hablado antes de este viaje, ha sido por no aflijirte en el momento mismo de la funcion. Pero no tengo tiempo que perder; dame tu mano, Armando, y un abrazo á Matilde.

DUVERNIER, *á Matilde.*

Me parece todo esto un sueño. Me dejas tan repentinamente, sin manifestar resistencia, sin decir una sola palabra! A lo menos, creo que no te irás sin ver á Estéfano.

MATILDE.

Estéfano? (*aparte*) Oh! no... me faltaria el valor para resistir á esa prueba. (*alto á Camilo*) Partamos al instante.

CAMILO.

Vamos.

DUVERNIER, *dando el brazo á su hermana.*

Ya que es irrevocable vuestra resolucion, os acompañaré hasta el carruaje.

Vase, quedando solo en la escena Duperret y algunos convidados.

ESCENA XVI.

DUPERRET, CONVIDADOS, *luego* ANDRES.

DUPERRET.

Pobre Duvernier! separado de su hermana, á quien tanto ama.

ANDRES, *dentro*.

Socorro!

DUPERRET.

Qué es eso?

ANDRES, *saliendo*.

Acudid todos! en el pabellon del parque he oido en este momento jemidos...

DUPERRET.

En el pabellon del parque?

ANDRES.

Sí, sí.

DUPERRET.

Corramos..

ESCENA XVII.

ANDRES, *luego* ESTÉFANO.

ANDRES.

No seré yo por cierto quien me apresure, porque, lléveme el diablo si es nada bueno lo que allí pasa.

ESTEFANO, *con voz débil*.

Favor!

ANDRES.

Qué veo?

ESTEFANO.

Corre! corre!.. allí!.. Dios mio!

Acercándose al camapé, donde queda desmayado.

ANDRES.

Se ha desmayado! y no hay por aqui nadie que pueda prestarle ausilio!

ESCENA XVIII.

DICHOS, DUVERNIER y CONVIDADOS, *luego* DUPERRET.

DUVERNIER, *aparte*.

Ha muerto pronunciando el nombre de Estéfano. (*alto*) Ah! (*viendo á Estéfano*) qué veo!

ANDRES.

Acaba de desmayarse. Mirad, tiene sangre en esta mano.

DUVERNIER.

Está herido?

ANDRES.

No: esta sangre no es la suya.

DUVERNIER.

Dios mio! Dios mio!

ANDRES.

Pero quién sabe si se habrán batido?

DUVERNIER, *con alegria*.

En efecto, ahora me acuerdo que al entrar yo aqui con Mr. Duperret... (*dirijiéndose á Mr. Duperret que sale por la puerta del fondo*) No es verdad que hace poco encontramos en esta sala á Mr. de Morelle y á Estéfano, que hablaban en secreto? Esto indica que se han batido como caballeros...

DUPERRET.

Mr. de Morelle ha sucumbido bajo el puñal de un asesino.

DUVERNIER.

Caballero!

DUPERRET.

Mr. de Morelle estaba desarmado, y el asesino al huir ha dejado entre las manos de su víctima una prueba...

DUVERNIER.

Cuál?

DUPERRET.

La vaina de esa preciosa daga florentina que ha traido Estéfano de París. (*sacándola*) Ya veis que no está en su sitio.

Señalando al velador.

DUVERNIER.

No hay esperanza ya.

Estéfano ha vuelto en sí durante este diálogo, y permanece inmóvil y como enajenado. Duperret se acerca á él, y dice con voz solemne.

DUPERRET.

Las circunstancias que han precedido al crímen, no dejan duda alguna sobre la culpabilidad de Estéfano.

ESTEFANO, *como recordando, y levantándose de repente*.

Qué oigo!.. me acusan...

DUPERRET.

Os acuso delante de Dios y de los hombres del asesinato cometido en la persona del Conde de Morelle.

ESTEFANO, *cubriéndose el rostro con las manos.*

El Conde de Morelle! Oh! sí... muerto!.. muerto!

DUPERRET.

Ya lo veis! su misma conciencia le acusa: cumplamos con nuestro deber.

Todos están agrupados alrededor de Estéfano, Duvernier y Duperret.

ACTO CUARTO.

Despacho de Duvernier en el Tribunal. Puerta al fondo, y dos mas á los lados. A la izquierda un bufete y un gran estante con libros.

ESCENA I.

DUVERNIER, ANDRES.

Al levantarse el telon, Duvernier está sentado al bufete, con la frente apoyada en las manos. Andres de pie, algo separado de él.

DUVERNIER, *aparte.*

No he tenido valor para oir hasta el fin la acusacion fiscal.

ANDRES, *aparte.*

Si me atreviera á preguntarle...(*alto*) Señor?

DUVERNIER, *levantando la cabeza.*

Eres tú, Andres? qué me quieres?

ANDRES.

Como me encargásteis que permaneciese aqui, no he podido saber lo que ha pasado.

DUVERNIER.

Los testigos han dado sus declaraciones, y Duperret ha hecho la acusacion fiscal. Se ha suspendido la sesion por una hora, y en seguida hablará Mr. Derosié, quien voluntariamente ha querido encargarse de la defensa de Estéfano.

ANDRES.

Mr. Derosié es elocuente, y no dudo que sabrá probar la inocencia de vuestro hijo adoptivo. Tened esperanza.

DUVERNIER.

Quién viene?

ANDRES.

Mr. Duperret.

DUVERNIER.

Déjanos solo.

ESCENA II.

DUVERNIER y DUPERRET, *que sale por la derecha.*

DUVERNIER.

Qué me quereis?

DUPERRET.

Perdonadme, amigo mio, acaso la severidad con que cumplo los deberes de mi ingrato ministerio, os hace esquivar mi presencia?

DUVERNIER.

No, Duperrèt; antes creo que vuestra acusacion ha sido templada y jenerosa cuanto podia serlo. Gracias, Duperret, gracias, porque yo en vuestro lugar, y teniendo de mi parte los indicios que acusan á Estéfano, hubiera sido mas severo que vos.

DUPERRET.

Sin embargo, hace un momento que he hablado con él y con su defensor, y un rayo de esperanza ha penetrado en mi alma. Por eso he venido á buscaros.

DUVERNIER.

Qué puedo yo hacer?

DUPERRET.

Arrancarle un secreto del que dice depende su vida; pero que se ostina en guardar aun á ese precio.

DUVERNIER.

Un secreto? si fuese verdad!

DUPERRET.

Todavia es tiempo. Haced que le llamen y procurad convencerle.

Duvernier toca la campanilla de su escribania: en seguida se pone á escribir sobre un papel, que dará á un portero que sale por el fondo.

DUVERNIER.

Sí, sí: es preciso aclarar ese misterio. Llevad (*al portero*) este papel al alcaide de la cárcel: es una orden para que os entreguen al preso. Traedle por ese (*señalando á la puerta de la izquierda*) corredor, á fin de que nadie le vea.

Vase el portero.

DUPERRET.

Dios querrá que esta postrera tentativa no burle tambien nuestras esperanzas.

DUVERNIER.

Sea cual fuere su resultado, yo os agradezco, amigo mio, el interés que mostrais por nosotros. Mi hermana tambien os lo agradecerá: mi pobre Matilde, que profesa al desdichado Estéfano todo el amor de una madre. Oh! cuando lo sepa!..

DUPERRET.

Estais seguro de que Matilde ignora el asesinato de Mr. de Morelle?

DUVERNIER.

Tengo motivos para creerlo asi. Pocos dias despues de su partida recibí una carta de Camilo, en que me decia que por los papeles públicos habia llegado á su noticia esta desgracia: me anunciaba en seguida, que habia determinado hacer un largo viaje con Matilde, para alejarla de toda ocasion que pudiese enterarla de este asunto.

DUPERRET.

Mr. de Grandier ha obrado en eso con prudencia, porque la salud de vuestra hermana era bastante delicada, y pudiera agravarla esta noticia.

Se abre la puerta de la izquierda.

DUVERNIER.

Ahí viene Estéfano. Oh! su presencia me desgarra el corazon.

Sale Estéfano seguido del portero.

DUPERRET, *al portero.*

Retiraos: nosotros respondemos del preso.

Vase el portero.

ESCENA III.

DUVERNIER, ESTÉFANO, DUPERRET.

ESTEFANO.

Estábais aqui, padre mio!

DUVERNIER.

Estéfano!

ESTEFANO.

Las miradas severas de mis jueces, la voz amenazadora de mis acusadores, no han podido turbar un momento mi resignacion; pero aun me restaba el sacrificio mas doloroso! debia volver á veros, padre y bienhechor mio, y á vuestra presencia desmaya todo mi valor. Volved á otro lado el rostro, volvedle por piedad: que no vea yo gravados en vuestro semblante los dolores que os he causado, que no vea yo las lágrimas que se escapan de vuestros ojos.

DUPERRET.

Antes al contrario, debeis contemplar esas lágrimas, y compadecer esos horribles dólores. Acordaos de cuanto ha hecho por vos el hombre que teneis delante. Erais huérfano, estábais abandonado, solo en el mundo: pues bien, él os acojió en su seno, os adoptó como á hijo, os dió el apellido que heredó de sus padres puro y sin mancha: ahora está deshonrado, y deshonrado por vos, si hemos de creer á las apariencias que os acusan. Considerad todo el daño que habeis hecho, Estéfano; considerad que esas lágrimas no bastan para recuperar el perdido honor de vuestro padre.

ESTEFANO, *aparte.*

Una sola palabra bastaria para justificarme; pero haria para siempre la desgracia de mi pobre madre. No, nadie arrancará esa palabra de mi corazon.

DUVERNIER.

Oidme, Estéfano. Al ver que nada contestais á las pruebas que contra vos ecsisten, una triste conviccion se ha apoderado de mi alma. Absuelto ó condenado, siempre sereis en mi opinion culpable, y desterrado ó muerto, de cualquier modo padecerá mi honor. Sin embargo, abrigo una esperanza aunque remota: ocultais un secreto en vuestro corazon...

ESTEFANO, *turbado.*

Un secreto!

DUVERNIER, *con calor.*

Si es cierto que alguna consideracion, por sagrada que sea, te impide decir la verdad; si eres inocente, y puedes probarlo, no dudes un momento en hacerlo. Cuál puede ser ese secreto? Conoces tal vez al asesino, y no quieres denunciarle para salvarte? Pertenece á alguna familia, á la que quieres evitar la desesperacion, el oprobio? No puede ser eso, no; porque tú tambien tienes una familia: yo partiria tu deshonra, y tu muerte causaria mi muerte.

ESTEFANO.

Ah! si supierais cómo me atormentan vuestras palabras!

DUPERRET.

Por qué habeis rehusado contestar á los cargos que se os hacian? Dónde estabais en el momento en que partió la Señora de Grandier?

ESTEFANO.

En el pabellon del parque.

DUVERNIER.

Con qué objeto?

ESTEFANO.

Con el de ver á Mr. de Morelle, que estaba esperándome.

DUVERNIER.

Para qué?

ESTEFANO.

Iba á ponerse en camino, y antes de salir de Narbona, quiso despedirse de mí.

DUVERNIER.

Ausentarse de Narbona!

ESTEFANO.

Le habia prometido hallarme á las nueve en el pabellon: sobresaltado aun por el desmayo que sobrecojió á vuestra hermana, acudí al lugar de la cita, pero sin encontrar á nadie. Iba ya á volver al salon, cuando hirieron mi oido sordos lamentos, que me hicieron volver atrás. Corrí al sitio de donde partian aquellos jemidos, cuando mis pies resbalaron en la sangre de que estaba el suelo empapado. Al resplandor de la luna, percibí á un hombre tendido sobre la arena, y al aprocsimarme reconocí á Mr. de Morelle que estaba espirando. Clavó en mí por un instante sus ojos, estrechó mi mano entre las suyas, y pronunciando mi nombre, dejó caer la cabeza que habia levantado para mirarme. Dí voces, pero nadie me oyó, y ciego y desatentado, corrí al salon para pedir socorro, pero mis fuerzas me abandonaron, y al volver de aquel negro parasismo, me encontré en medio de vosotros. Todos me rodeabais, me ecsamínábais con afan; y por último, cuando yo creia que aquello no era mas que una horrible pesadilla, la vista de un cadáver y el acento de una voz que me gritó: «asesino!» me hicieron estremecer hasta lo mas profundo de mi corazon.

DUVERNIER.

Oh! sí... te creo Estéfano! el crímen no sabe cubrirse de ese modo con la apariencia de la virtud.

ESTEFANO.

Padre mio! creeis que me atreveria á daros este nombre, si le hubiese deshonrado? Osaria estrechar entre mis manos homicidas, esta mano que mil veces me ha bendecido? No, padre! aun soy digno de vuestro amor: llamadme vuestro hijo, y decidme otra vez que me creeis inocente: luego, nada me importa que me condenen los hombres: mi conciencia y mi corazon están tranquilos.

DUVERNIER.

Y quieres que convencido, como lo estoy, de tu inocencia, te permita abandonar tu destino al error de tus jueces? No: tú nos ayudarás á convencerlos, y descorrerás por fin ese velo misterioso que oculta á nuestros ojos la verdad.

ESTEFANO.

No, padre mio! ya no tengo mas que deciros.

Se oye dentro ruido: despues se percibe la voz de Matilde.

MATILDE, *dentro.*

Armando! Estéfano!

DUVERNIER.

Qué oigo?

ESTEFANO.

Esa voz!..

Se abre la puerta del fondo y sale Matilde.

DUVERNIER.

Matilde!

ESTEFANO, *aparte.*

Mi madre!

ESCENA IV.

DICHOS, MATILDE, *en traje de camino*, *luego el* PORTERO.

MATILDE, *ajitada.*

Armando! Estéfano! Es cierto que os vuelvo á ver?

Abrazándoles.

DUPERRET, *aparte.*

Pobre Matilde!

MATILDE.

Abrázame, Estéfano! Dios ha querido concederme este momento de felicidad en premio de mis dolores.

DUVERNIER, *aparte.*

Cómo es que Camilo la ha permitido que venga?

MATILDE.

Pero, qué teneis? qué significa esa palidez? por qué me recibís con tanta frialdad, cuando yo estoy gozosa, por haberos estrechado contra mi corazon?

DUVERNIER.

Te ha permitido Camilo que vuelvas á Narbona?

MATILDE.

No: he podido burlar su vijilancia, y sin duda á estas horas se habrá puesto en camino para venir á reclamar su víctima.

DUVERNIER.

Matilde!

MATILDE.

Ya, le seguiré sin replicar, puesto que os e visto á los dos, y mis temores no se han realizado.

DUVERNIER, *aparte.*

Es preciso alejarla de aqui.

MATILDE.

Desde el dia en que llegué á la triste morada que habia escojido Grandier para su residencia, conocí que me espiaban por todas partes. Se me interceptó la comunicacion con las personas de fuera. La mujer que desempeñaba para conmigo las obligaciones de doncella y guardiana á la vez, tenia orden espresa de no entregarme ninguna carta ni periódico. No parecia sino que Grandier procuraba ocultarme alguna noticia funesta. Muy en breve mis recelos fueron en aumento. Bautista desapareció de repente: este fiel criado que el dia antes de su fuga habia estado tranquilo y aun alegre, se volvió instantáneamente triste, taciturno!.. las lágrimas se escapaban de sus ojos! Al ver que Bautista me abandonaba en mi soledad, y cuando mas desdichada debia considerarme, sospeché que podia haber ocurrido alguna desgracia entre los mios, y que Grandier procuraba ocultármela. Desde aquel momento solo pensé en volver á Narbona: mis diamantes falsearon las puertas de mi prision, y me proporcionaron los medios de hacer prontamente el viaje. Al entrar en Narbona, el primer hombre que ví, fue Andres: mi conmocion fue tan grande, que solo pude pronunciar vuestros nombres. Andres, conmovido como yo, apenas tuvo aliento para contestarme; pero pude entender que estabais en el Tribunal, y un momento despues, todos mis temores se desvanecieron al estrecharos en mis brazos.

ESTEFANO, *aparte.*

Ah! nunca hubiera venido!

Se abre la puerta de la derecha y sale el portero.

DUVERNIER.

Qué buscais aqui?

PORTERO.

El Tribunal vá á reunirse, y mi obligacion es conducir al reo...

DUVERNIER.

Bien está: dejadnos ahora.

Vase el portero.

MATILDE.

Estás ocupado?

DUVERNIER.

Sí, Matilde, déjanos... no puedes permanecer aqui por mas tiempo.

MATILDE.

Por qué?

DUVERNIER.

Porque necesitas reposar algunas horas antes de ponerte en camino.

MATILDE.

Ponerme en camino!

DUVERNIER, *con resolucion.*

Sí, para volver al lado de tu marido.

MATILDE.

Y eres tú quien me lo dice?

DUVERNIER.

Es preciso que repares cuanto antes esa imprudencia.

ESTEFANO.

Vuestro hermano tiene razon: haced lo que os aconseja.

MATILDE.

Tú tambien! (*aparte*) Cuanto afan porque me aleje!

DUVERNIER.

Qué haces?

MATILDE.

Me quedo aqui, Armando, porque sospecho que me engañas.

Vuelve á salir el portero.

DUVERNIER.

Otra vez?

PORTERO.

Perdonad, pero el Señor Presidente me manda que conduzca al reo...

DUVERNIER.

Basta!

MATILDE.

El reo!

DUVERNIER.

Yo salgo responsable á todo: idos de aqui.

Vase el portero.

MATILDE.

Qué es lo que ha dicho ese hombre? cuál de vosotros es el reo que reclama?

DUVERNIER.

Matilde, déjanos.

DUPERRET.

Seguid el consejo de vuestro hermano.

MATILDE.

Pues bien; que venga conmigo Estéfano, y al punto marcharé. (*los tres permanecen silenciosos*) Ah! bien sabia yo que me estabais engañando! Estéfano! Estéfano!

DUPERRET, *con resolucion.*

Pues bien: ya que no es posible negaros la verdad, no os ocultaré nada.

DUVERNIER, *y* ESTEFANO.

Qué haceis?

DUPERRET, *á Estéfano.*

Dios ha guiado sin duda los pasos de vuestra madre adoptiva, para arrancaros ese secreto que á nadie quereis revelar. Señora! (*á Matilde*) disponeos á oir una nueva mas dolorosa que cuantas habiais podido prever ni imajinar. Mr. de Morelle no ecsiste.

MATILDE.

Leon!

DUPERRET.

Ha muerto asesinado.

MATILDE.

Asesinado!

DUVERNIER.

En el pabellon del parque, y en la misma noche que te ausentaste de Narbona.

MATILDE.

Es posible! Dios mio!

ESTEFANO, *aparte, á Matilde.*

Tened resignacion.

MATILDE.

Y qué, acusan á Estéfano de su muerte?

DUPERRET.

Todos los indicios lo hacen creer asi.

MATILDE.

Yo sé que es inocente, Duperret.

DUPERRET.

Esplicaos!

MATILDE, *á Estéfano.*

Y tú nada has dicho en tu defensa? No has probado á tus jueces la imposibilidad de que hubieses cometido semejante crímen! Oh! tu corazon es en estremo noble y jeneroso; pero tranquilízate, yo con una palabra te salvaré.

ESTEFANO, *aparte, á Matilde.*

Por piedad, nada digais hasta que me hayais escuchado.—Señores, me permitireis que hable á solas con la señora de Grandier?

DUPERRET.

Sí, Estéfano: Duvernier y yo hablaremos al Presidente y se os concederá esta nueva próroga. Venid, (*aparte á Duvernier*) amigo mio: yo espero que Matilde será mas afortunada que vos, y tal vez logrará lo que en vano hemos solicitado.

ESCENA V.

MATILDE, ESTÉFANO.

MATILDE.

A qué alejarlos de aquí? Piensas que pueda ya detenerme ninguna consideracion, ningun temor? No, Estéfano! yo revelaré este secreto delante de los jueces, delante del mundo entero.

ESTEFANO.

Y os perderíais!

MATILDE.

Qué me importa, si te salvo?

ESTEFANO.

Salvarme! Yo no tengo nada que temer.

MATILDE.

Nada?

ESTEFANO.

La muerte de mi padre no debe imputársele á nadie. Mr. de Morelle sabia tal vez, que Camilo os alejaba de Narbona, y que su presencia en estos sitios era la causa de tan cruel determinacion. Afijido con esta idea, no vaciló en imponerse un horrible sacrificio, que tranquilizando á vuestro esposo, os conservase las caricias de vuestro hermano... y de vuestro hijo. En mi concepto, la muerte de mi padre, fue un suicidio: habrá dejado alguna declaracion escrita, y la fatalidad ha hecho que esta prueba no venga á nuestras manos tan pronto como deseamos.

MATILDE.

Y si no llegase á tiempo?

ESTEFANO.

En ese caso, aun cuando mis jueces me condenasen á muerte, nada teniamos que temer, porque la sentencia no se cumpliria. Mr. Duperret ha preparado mi fuga para si llegase ese caso.

MATILDE.

Pero tu honor....

ESTEFANO.

Cuando se sepa la verdad, se me dará una satisfaccion completa.

MATILDE.

No, Estéfano; en vano quieres alucinarme: el corazon de una madre no se engaña fácilmente. Yo no esperaré un dia ni una hora: quiero que sepan todos la verdad; que reconozcan y admiren tu heroismo: quiero que todas las madres me envidien á mi Estéfano. Dices que Leon de Morelle se sacrificó por nosotros, y quieres que yo dude cuando se trata de salvar tu vida!

ESTEFANO, *arrodillándose.*

Madre mia!

MATILDE.

En vano piensas detenerme.

ESTEFANO.

Comprometeis vuestro honor.

MATILDE.

Mi honor y mi gloria están cifrados en ti.

ESTEFANO, *deteniéndola.*

Os habeis olvidado de que Mr. de Grandier llegará á saberlo?

MATILDE.

Grandier! he podido sacrificarle mi felicidad y mi ecsistencia; pero de ningun modo le sacrificaré á mi hijo. Aun cuando estuviese ahí, delante de mí, clavando sus miradas en mis ojos, y levantando su puñal sobre mi corazon, no vacilaria un instante, y revelaria la verdad á tus jueces.

Se abre la puerta del fondo, y sale por ella Camilo, seguido de Duvernier y Duperret.

ESCENA VI.

CAMILO, DUVERNIER, MATILDE, ESTÉFANO, DUPERRET.

ESTEFANO, *aparte, á Matilde.*

Ahí está! oh! Callad, callad madre mia!

DUPERRET.

Sí, caballero: la venida de vuestra esposa es un favor de la Providencia: acaso logremos por ella salvar á Estéfano.

CAMILO.

Qué puede hacer Matilde por ese jóven?

DUVERNIER.

Arrancarle un secreto que se obstina en callar.

CAMILO.

Es posible?

MATILDE.

Si, Señores, pero este secreto cuya revelacion haria patente su inocencia, me pertenece á mí, y por lo tanto, yo seré quien lo revele delante de sus jueces.

TODOS, *menos Estéfano.*

Vos!

ESTEFANO.

Señora!

DUVERNIER.

Habla!

MATILDE.

Estéfano no puede ser el asesino de Leon de Morelle, porque Leon de Morelle era su padre, y él lo sabia.

CAMILO, *con tono amenazador.*

Leon, padre de Estéfano! Quién es su madre?

MATILDE, *con resolucion.*

Yo.

CAMILO.

Desdichada!

Duperret le contiene.

DUVERNIER, *asombrado.*

Matilde!

ESTEFANO.

Yo la salvaré, á su pesar.

CAMILO.

De ese modo confesais....

ESTEFANO, *lanzándose entre Matilde y Camilo.*

Deteneos, Mr. de Grandier: no insulteis á vuestra esposa, cuando solo debiais admirarla. Vos sabeis que me ha criado desde niño con todo el amor de una madre; pues bien, su ternura la estravía hasta el punto de quererme salvar á costa de tan noble sacrificio. Pero yo no puedo ni debo consentirlo. Padre mio! (*á Duvernier*) Vuestras sospechas eran justas: Mr. de Morelle me habia ofendido, y habiendo rehusado batirse conmigo, le asesiné.

MATILDE.

Dios mio! vos sois testigo de mi verdad!

PORTERO, *saliendo.*

Ya ha espirado el plazo concedido por el Señor Presidente, y la audiencia vuelve á reunirse.

ESTEFANO.

Sí, sí... llevadme pronto!

MATILDE.

No... yo te seguiré y tus jueces habrán de oirme. Yo les diré...

ESTEFANO.

Señora!

MATILDE.

Dios mio! Dios mio!

Cae desmayada en una silla.

DUVERNIER.

Camilo, alejad á mi hermana de aqui: partid con ella, y no volvais nunca á Narbona.

Vase con los otros.

ESCENA VII.

CAMILO, MATILDE, *desmayada*

CAMILO.

Es su hijo! Sí... yo arrancaré á Matilde de estos sitios, y cuando se pronuncie la sentencia, no le será ya posible salvarle. Aqui fue donde, hace diez y ocho años, hice condenar á muerte al Conde de Morelle! Yo conozco perfectamente todas las entradas y salidas de este edificio. A este lado hay un largo corredor, por el que puedo llegar á la escalera que dá al patio donde me espera el coche. En la situacion de Matilde, me será fácil hacerla salir de aqui; pero antes quiero asegurarme de que no hay nadie al paso.

Abre la puerta de la izquierda, y observa.

MATILDE, *volviendo en sí*

Estéfano! Armando! A dónde han ido?

CAMILO, *acercándose á Matilde.*

No hay nadie.

MATILDE.

Camilo!

CAMILO.

Tranquilizaos, Señora, y disponeos á seguirme.

MATILDE.

Seguiros!

CAMILO.

Sí, y al instante.

MATILDE.

Qué ha pasado por mí? Ah! ya lo recuerdo todo... no! no!.. yo me quedo aqui.

CAMILO.

Para hacer pública vuestra deshonra, no es cierto? Pero te falta una prueba, y esa prueba está en mis manos. Mira este billete escrito por la mano de tu cómplice: por él he comprendido ahora lo que en vano ha negado Estéfano.

MATILDE.

Ese billete...

CAMILO.

Se escribió para vos.

MATILDE, *mirando el billete.*

Para mí! Una cita en el pabellon del parque! en el sitio mismo donde se cometió el crímen! Oh! todo lo comprendo ahora!

CAMILO.

Qué decís?

MATILDE.

Vos sois el asesino del Conde de Morelle!

CAMILO.

Yo!

MATILDE.

Sí, vos!.. El aborrecimiento que profesábais á Leon, nuestra precipitada marcha, y la palidez mortal que cubre vuestro semblante, todo me indica que vos habeis cometido ese horrible asesinato; pero yo os juro que Estéfano no sufrirá el castigo que vos solo mereceis.

CAMILO, *rasgando el billete.*

Tu no volverás á ver nunca á Estéfano ni á sus jueces, porque en este momento vas á partir conmigo.

MATILDE.

Antes me quitareis la vida.

CAMILO, *llevándosela por fuerza.*

Yo os obligaré á seguirme, vive Dios! y mi secreto quedará oculto, porque nadie lo sabe sino tú.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* BAUTISTA *en traje de camino, que sale repentinamente por el fondo.*

BAUTISTA.

No contais conmigo para nada?

CAMILO, MATILDE.

Bautista!

MATILDE, *abrazándose con él.*

Defiéndeme!

BAUTISTA.

Pero... y Estéfano, dónde está?

MATILDE.

Le están juzgando: acaso van á condenarle.

BAUTISTA.

Gracias al Cielo, llego á tiempo todavia.

Se dirije al bufete, toca la campanilla y sale el portero.

CAMILO.

Qué hace?

BAUTISTA, *al portero.*

Avisad al momento que hay aqui un hombre

que quiere hacer importantes declaraciones; pero que no hablaré sino delante de los señores Duvernier y Duperret, y sobre todo, en presencia de Mr. y Madama Grandier.

CAMILO, *aparte.*

No sé qué temo!

MATILDE.

Respiro!

CAMILO, *aparte.*

Es imposible que Bautista posea prueba alguna.

ESCENA IX.

DICHOS, DUVERNIER, DUPERRET *y* JENDARMES.

BAUTISTA.

Antes de todo, tengo que presentar esta carta á Mr. Duvernier, que me fue entregada por el desgraciado Conde de Morelle poco antes de mi partida.

DUVERNIER.

Esta es su letra en efecto. «Armando, mañana tengo un duelo á muerte con Mr. Grandier...

DUPERRET.

Grandier!

DUVERNIER, *leyendo.*

«Si sucumbo, quedais nombrado mi albacea »universal. De este modo podré, sin compro»meter el reposo de la única mujer á quien he »amado, dejar todas mis riquezas al hijo des»dichado á quien no he podido legar mi nom»bre. Estéfano es mi hijo, es hijo de Matilde, y »él lo sabe; servidle de padre, amigo mio; es »el último, pero el mas grande beneficio que »de vos espera vuestro amigo, vuestro herma»no—Leon de Morelle.»

BAUTISTA.

Ya lo veis, el jeneroso Estéfano callaba y se acusaba á sí propio, y hubiera muerto por no perder á su madre.

DUVERNIER.

Pobre Estéfano!

DUPERRET, *al portero, que se va.*

Que traigan al punto á ese jóven, y anunciad al Tribunal que desde ahora abandono la acusacion contra él entablada.

MATILDE, *estrechando la mano de Bautista.*

Amigo mio! has salvado la vida de mi hijo.

BAUTISTA.

Aun no he acabado, Señora! me resta vengar á su padre.

MATILDE.

Qué dices?

CAMILO.

Ya supondreis, Señores, que la revelacion que acabo de oir, me pone en el triste caso de apelar á un divorcio. Pero en tanto que se llenan las formalidades judiciales, procuraré evitar la presencia de la mujer que me ha deshonrado. Permitid que me aleje...

BAUTISTA, *saliéndole al paso.*

Escuchadme un momento: aun no he dicho todo lo que sé. Yo conozco al asesino del Conde de Morelle.

DUVERNIER.

Es posible!

BAUTISTA.

Hace algunos dias que estando en la quinta, donde nos habia confinado Mr. de Grandier, casualmente llegó á mis manos un periódico, por el cual supe la muerte dada á Mr. de Morelle y la causa formada á su hijo. Parecióme conveniente no dar parte á mi Señora de este descubrimiento, por cuanto esperaba salvar á Estéfano sin su ausilio. Inmediatamente me puse en camino, y hubiera llegado (*mirando á Grandier*) antes, á no haber tenido que permanecer un dia en el puebleeillo de Mergy.

CAMILO, *aparte, turbado.*

En Mergy!

BAUTISTA.

El arma con que fue asesinado el Conde, no habrá sido hallada, supongo.

DUPERRET.

En efecto, pero no cabe duda de que fue herido...

BAUTISTA.

Con una daga florentina, que hacia parte de la coleccion de armas antiguas que trajo Estéfano de París.

DUPERRET.

Asi es; pero esa daga...

BAUTISTA, *sacándola.*

Está aquí.

CAMILO, *aparte.*

Ah!

BAUTISTA.

La noche misma en que se cometió el crímen, un hombre que habia llegado á Mergy, creyéndose solo y suficientemente protejido por la oscuridad, se aprocsimó á un estanque,

distante pocos pasos del camino real. Este hombre arrojó al agua un objeto, y en seguida se alejó precipitadamente; pero la casualidad, ó mejor diré, la Providencia, quiso que presenciasen dos testigos esta misteriosa escena, los cuales viendo brillar una cosa á la claridad de la luna, encontraron esta arma que habia quedado suspendida entre unas ramas. Al momento la reconocí, porque ya habreis adivinado que uno de esos testigos era yo: y habreis adivinado tambien que el que arrojó al agua esta dagá, era el que, temiendo arrostrar el peligro en un combate de caballeros, habia preferido asesinar á su adversario.

TODOS.

Grandier!

BAUTISTA.

Sí, Grandier, que no ha mucho acusaba al hijo de su víctima, del crímen que él mismo habia cometido; Grandier, que no puede negar nada de lo que he dicho, pues todo consta por la declaracion del otro testigo, que traigo aqui autorizada en debida forma. Mr. Duperret emprended nuevamente la acusacion, y que la justicia de los hombres acabe lo que ha empezado la justicia de Dios.

CAMILO, *aparte.*

Estoy perdido!

DUPERRET, *á los jendarmes.*

Apoderaos de Mr. Grandier.

Se acercan los jendarmes á Mr. Grandier, el cual permanece inmóvil, y con la mano derecha oculta en el pecho. Un momento despues, se le vé vacilar.

DUVERNIER.

Pierde el color!

DUPERRET.

Se desmaya!

CAMILO, *se desabrocha y deja ver su pecho ensangrentado.*

No... burlo vuestra esperanza.

MATILDE.

Ah!

ESTEFANO, *dentro.*

Madre mia! madre mia!

Sale precipitadamente por la derecha, y se arroja en los brazos de Matilde: luego mira con temor á todos lados.

MATILDE.

Estéfano!

ESTEFANO.

Pero Mr. de Grandier...

MATILDE.

Mira!

ESTEFANO.

Muerto!

MATILDE.

Roguemos á Dios que le perdone.

FIN DE EL HIJO DEL EMIGRADO.

July 6, 1920.

Madrid.-Imprenta de D. JOAQUIN MERÁS Y COMPAÑÍA.

BIBLIOTECA DE GASPAR Y ROIG.

NUESTRA SEÑORA

DE PARIS

Por Victor Hugo.

ADORNADA CON VEINTE Y OCHO GRABADOS.

4 rs. en Madrid y 6 en provincias para los suscritores.

16 en Madrid y 18 en provincias para los no suscritos.



Madrid:
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES.
Calle del Principe núm. 4.

1850.